





Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios5531unse>

LAR

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 29 1937
THEOLOGICAL SEMINARY

**ABRIL
1937**

faguin

ESTUDIOS

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 28 1937
THEOLOGICAL SEMINARY

53

ESTUDIOS

MENSUARIO DE CULTURA GENERAL

REDACCION:

JAIME EYZAGUIRRE

Casilla 13370 - Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$	22
.. .. . EXTRANJERO		1 Dólar
NUMERO SUELTO	\$	2

SE RECIBEN SUSCRIPCIONES EN LAS LIBRERIAS:

ZAMORANO Y CAPERAN (Compañía 1015).
CLARET (Diez de Julio 1140).
SPLENDOR (Bernardo O'Higgins 1626).

“NOTAS EDITORIALES”:

“Dirección de la Economía Nacional”	2
“Fomento del Comunismo”	3
“CHILE DESCUBIERTO POR UN CHILENO”, por Oscar Larson	5
“UNIDAD BIOLÓGICA Y UNIDAD SOCIAL”, por el Dr. Roberto Barahona	13
“EL ACUERDO “MATIGNON” Y LOS CONFLICTOS DEL TRABAJO EN FRANCIA”, por Julio Philippi	18
“EN TORNO A SPENGLER Y A UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA”, por Clarence Finlayson	24
“POR UNA NUEVA ARISTOCRACIA”, por Benjamín Dávila Izquierdo	37
“¿A DONDE VA ALEMANIA?”, por Javier Lagarrigue Arlegui	41
“EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO”:	
“Jean Cassou”	46
“Mística y Doctrina de Rex”	50
“HECHOS DEL EXTRANJERO”:	
“La Corte Suprema y la N. I. R. A.”	54
“AL TRAVÉS DE LAS REVISTAS”:	
“El Problema Social en Nuestros Campos”	57
“Comunismo y Deber Social”	62
“Lo que hay que evitar en la lucha contra el Comunismo”	64
“NOTAS BIBLIOGRÁFICAS”:	
“Economía Dirigida, Economía Científica”, por Charles Bodin	67
“Juan Manuel de Rozas”, por Carlos Ibarguren	67
“La Buena Tierra”, por Pearl S. Buck	68
“Manual de Cuestiones Contemporáneas”, por el Cardenal Juan Verdier	68
“Vida de N. S. Jesucristo”, por Domingo F. Sarmiento	68
“Sanctifica Eos”. Elevaciones sobre la oración sacerdotal de Jesús, por Manuel Larraín Errázuriz	69
“Desde Europa”, por Pedro Lira Urquieta	70
“Concepción Católica de la Economía”, por Julio Meinvielle	70
“Hablemos largo de mí”, por Cesare Zavattini	70
“Antología”, de Federico García Lorca	71

NOTA EDITORIAL

Dirección de la Economía Nacional

LA aguda crisis de las subsistencias porque atraviesa el país y acerca de la cual nos hemos referido en diversas oportunidades desde estas columnas, trae nuevamente de actualidad el problema de la dirección de nuestra economía.

Hasta el momento las medidas adoptadas para hacer frente al alza de los precios no han pasado de ser actitudes aisladas, desprovistas de coordinación y faltas de un sentido total de dirección.

Se ha creído, por ejemplo, que un alza de sueldos y salarios permitiría neutralizar los inconvenientes del elevado costo de la vida. Pero la práctica ha constatado que una política semejante no ha tenido otro resultado que una nueva alza de los precios. Los empresarios y patronos buscan en esta última la manera de resarcirse de los desembolsos que les irroga el mejoramiento de la remuneración de sus asalariados.

Se ha pretendido, en seguida, proceder a una estricta fijación de precios de los artículos de primera necesidad mediante el Comisariato de Subsistencias, olvidando que el precio de productos como el trigo está regulado por el mercado mundial y que los agricultores preferirán exportarlo antes que venderlo dentro del país en malas condiciones.

Se señala entonces la Junta de Exportación Agrícola como el organismo llamado a impedir esta fuga del trigo al exterior, pero se olvida en primer término que carece de las atribuciones suficientes para obrar en debida forma, que en ella predomina el interés unilateral de los agricultores y que, por último, aunque esta institución contara con los medios y la independencia necesaria para controlar con toda estrictez la salida de los cereales que el país requiere para la mantención de sus habitantes, lejos de solucionarse el problema se agudizaría. Los agricultores, en la imposibilidad de colocar su cosecha en el exterior de acuerdo con el precio mundial y forzados a venderla en Chile a un precio inferior a este último, destinarían sus campos al cultivo de productos que, careciendo de colocación en el mercado interior, la tuviera en cambio en el exterior y cuya salida, por tal motivo, no encontrara dificultad de ninguna especie.

¿Qué ha de hacerse entonces para poner término a este problema que parece insoluble?

Es preciso ante todo tener presente que nuestra alza de precios se debe a dos causas enteramente diversas. Una, exterior, es la elevación de los precios en el mercado mundial. Otra, interior, es el desorden de la economía chilena.

Si bien carecemos de medios para impedir el alza de los precios en el mercado mundial, ya que éste se escapa a nuestro control, podríamos al menos neutralizar en parte los resultados de dicha alza. En efecto, una prudente revalorización de nuestra moneda traería consigo una baja en el nivel medio de los precios al por mayor.

Pero esto no bastaría. Es preciso que se dé un impulso de conjunto a nuestra vida económica anarquizada y que el Consejo de Economía Nacional que instituyera en 1934 el Ministerio de Hacienda como entidad consultiva carente de toda proyección, se transforme en un organismo de derecho público integrado por representantes del Estado, de los productores y consumidores, que disponga de las atribuciones necesarias para ejercer un control integral de nuestra vida económica falta de todo rumbo.

Fomento del Comunismo

SUELE creerse por algunos que ante la amenaza del comunismo no procede otra actitud que el empleo de drásticas medidas policíacas. Se imaginan que el mal ha nacido y se ha desenvuelto sin motivo alguno que pudiera servirle de explicación. Suponen, en fin, que las reivindicaciones sociales porque luchan los obreros carecen por entero de base, no son más que el fruto de la propaganda comunista y que, en consecuencia, es preciso desecharlas de plano y, si el caso lo requiere, combatir las con la fuerza.

Pero ¿se han detenido acaso los que así piensan a considerar el estado de la clase trabajadora que en todos los países es la más numerosa? ¿han meditado acerca del cuadro de extrema miseria que presenta el hogar obrero? ¿No se han conmovido nunca sus corazones ante el espectáculo de la habitación obscura, fría, insalubre, en que duermen confundidos en inmundo hacinamiento individuos de ambos sexos y de todas las edades? ¿han logrado, en fin, alguna vez percatarse del estado de desnutrición en que la escasez de salarios y la carestía de la vida coloca a una masa inmensa de pobladores?

Ultimamente Su Santidad el Papa ha dirigido un nuevo mensaje al mundo sobre la amenaza comunista y al proceder al diagnóstico del mal ha estampado los siguientes conceptos: "Cuando observamos por una parte una multitud de indi-

gentes, por razones independientes de ellos mismos, verdaderamente oprimidos por la miseria, y por otra, al lado de ellos, a tantos que se divierten despreocupadamente y gastan enormes sumas en cosas inútiles, no podemos dejar de reconocer con dolor que no sólo no se observa bien la justicia, sino que hasta el precepto de la caridad cristiana, no es suficientemente profundizado, no es vivido en la práctica cotidiana”.

En el olvido de los deberes de justicia y caridad está la raíz del mal. Porque el mundo se ha dejado arrastrar por una sed insaciable de lucro y ha ahogado en el fondo de un materialismo grosero las más elementales iniciativas de respeto a la persona humana. Y lo triste ha sido que entre los llamados a dar testimonio de la primacía de los valores espirituales no han faltado tampoco los claudicadores. El Papa constata el hecho en estos términos: “Es desgraciadamente verdad que el modo de obrar de algunos ambientes católicos ha contribuido a alejar la confianza de los trabajadores en la religión de Jesucristo. No querían aquellos comprender que la caridad cristiana exigía el reconocimiento de los derechos que se les deben a los obreros y que la Iglesia les ha reconocido explícitamente. ¿Cómo habrá que juzgar los actos de aquellos patronos católicos que en ciertas partes han alcanzado a impedir la lectura de Nuestra Encíclica “Quadragesimo Anno” en sus iglesias patronales? ¿O los de aquellos industriales católicos que se han demostrado hasta hoy adversarios de un movimiento obrero que Nos mismos hemos recomendado? ¿Y, acaso, no hay que deplorar que el derecho de propiedad reconocido por la Iglesia haya sido empleado para defraudar al obrero en su justo salario?”

Bastan por su claridad y firmeza las anteriores palabras del Pontífice para que pretendamos tejer en torno de las mismas un comentario explicativo. Se ha señalado en ellas el origen del mal social y se ha indicado también la causa de que muchos obreros hayan dado de espaldas a su fe religiosa y pretendido encontrar en la mística comunista lo que sólo un Cristianismo realmente sentido y vivido es capaz de dar.

Los que sin desprenderse del título de católicos han desoído con contumacia la palabra de la Iglesia, que en todos los tonos señala los deberes de justicia y caridad, no podrán ya excusarse de saber que la traición de sus principios ha contribuido, más que la prédica malsana de los agitadores, a atizar la inmensa hoguera comunista de la que imaginan librarse con insensatas medidas de represión y violencia.

Oscar Larson

Chile descubierto por un chileno

He descubierto a Chile.

Me ha sido preciso un largo viaje para descubrirlo. Como Almagro, hace cuatrocientos años, pasé a Chile desde el Perú; pero, también como él, venía desde Europa. Recorrí, aunque a la ligera, Panamá, Colombia, Ecuador; me detuve largos meses en las orillas del Rimac; por fin, entré en territorio chileno: Arica, Antofagasta, Iquique, Serena, Valparaíso, Santiago... hasta Puerto Montt.

—¡Qué gran país! Desde Méjico al sur, es la primera nación del Pacífico.

Yo tenía una idea muy diferente. Me había acostumbrado a oír desde mi infancia que Chile era “el último rincón del mundo”, — y lo es geográficamente; — que era la nación más atrasada; que todo es mejor en cualquiera otra parte; que el Gobierno es infame, y la vida espantosa; que la cultura, la moralidad, el progreso y la higiene están atrasadísimos, etc., etc. La verdad es que ya me daba vergüenza ser chileno.

Salí de Chile, e inmediatamente empecé a hallar bueno y admirable todo lo extranjero: Mendoza me pareció encantador; la pampa argentina, imponente. No diré nada de Buenos Aires, Río Janeiro, Madrid, Roma, París, Londres... Desde allá, Chile resultaba un país tan pequeño, tan atrasado, tan infeliz, como decían mis compatriotas. Lo mismo me decían los europeos con sus preguntas humillantes. Un día Papini me tiró a la cara esta cuestión:

—¿Qué ha producido la América Latina para la cultura del mundo?

—Un poco más que Italia en los tres primeros siglos de su existencia — le contesté.

Me vine a Chile. Y voy a escribir, para los chilenos, los apuntes de mi descubrimiento.

Como naturaleza y como clima, acaso ninguna nación del mundo reúna las condiciones de esta larga y angosta faja de tierra, tendida, como una espada toledana, entre la cordillera de los Andes y el Océano Pacífico. Al norte, pampas y desiertos ardientes; al sur, los más bellos canales del mundo y las nieves polares; al centro, valles hermosísimos; grandes ríos, inmensos bosques, quebradas y cerros caprichosos; al

oriente, la enorme cordillera, vestida de vegetación y coronada de nieves eternas; y al poniente, el mar azul bordando de espuma, un litoral excepcionalmente bello por sus numerosas y dilatadas playas y por sus rocas gigantes. No es la menor exageración decir que en Chile se encuentran el Sahara y la Suiza, el Tirol y Andalucía, Suecia y Francia; todo reunido en un solo territorio que, además de sus trigales y sus viñedos, produce todas las frutas, en una abundancia y calidad insuperables.

Pero esta superioridad de la naturaleza y del clima la reconocen los chilenos, si bien ignoran que, en América, Chile es el país del sol. Aunque con las cuatro estaciones muy marcadas, en el centro y en el norte, hay sol todo el año; en invierno llueve y hasta nieva, pero sale el sol también. Esto no es así en otras partes; no es así en las demás capitales de América, generalmente más frías y más ardientes que la nuestra, y cubiertas de nublados y de humedad la mayor parte del año. Arica, Iquique y Antofagasta tienen durante el invierno clima más suave que el de Niza y Sicilia. Chile ha cultivado el turismo de verano por sus lagos del sur; también podría cultivar las posibilidades de turismo de invierno que tienen esas ciudades del norte.

Entre las naciones iberoamericanas, sólo Argentina tiene como Chile una raza homogénea y blanca. En las otras, predomina en gran proporción la raza indígena, (por eso algunos de ellos hablan de indoamérica, expresión que para nosotros no tiene significado) y además, la raza negra, que puebla las costas de Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. Nuestro "roto" tiene algo de araucano indudablemente, pero tiene más de europeo, de español, de andaluz.

De esa mezcla provienen sus cualidades y sus defectos: inteligente e ingenioso, pero perezoso y fatalista; generoso y hospitalario, pero sin ambiciones ni espíritu de economía; fuerte y varonil, pero bebedor y vicioso; pobre y descuidado hasta el extremo, pero orgulloso y altanero. Como, por sus defectos, no es nunca nada, vive generalmente descontento y prefiere errar a la aventura que estar en lugar fijo; su vida de hogar es precaria y casi nula; seguro de hallar trabajo mañana, dilapida en vicios su sueldo de hoy y prefiere un litro de vino a una camisa limpia. Si no fuera tan bebedor y recibiera una educación moral y patriótica, el pueblo chileno sería el primero de América.

La Historia de Chile la clasificó Menéndez Pelayo de "noble excepción entre las demás repúblicas americanas". Nuestra vida política tiene dos características que también son excepcionales en el continente: la primera es nuestro respeto

a la Constitución y a las leyes; por eso no hemos tenido tiranías, dictaduras, ni caudillos ni revoluciones. La segunda es que nuestras luchas políticas se han librado alrededor de ideas y de programas, pero no por personalismos ni por odios de familias. La misma división política que surgió en la cuna de nuestra vida independiente entre pipiolos y pelucones es conservado hasta hoy entre liberales y conservadores, entre izquierda y derecha. Alternándose en el poder, como en Inglaterra y como en Francia, ambos bandos han gobernado con igual patriotismo, separados por conceptos y doctrinas; mas, no divididos por rencores ni por bajos intereses. Y deben haber gobernado bien, puesto que han hecho de este país, tan pobre en riquezas naturales, tan alejado de Europa y tan escasamente poblado, una de las naciones más cultas y progresistas de América.

Nuestros Presidentes han sido elegidos normalmente y han terminado normalmente su período, con apenas dos excepciones. Y todos han bajado del poder sin fortuna y, a veces, verdaderamente pobres.

Desde los albores de la República, el Gobierno se preocupó de traer del extranjero hombres de ciencias y técnicos que se pusiesen al servicio de nuestra cultura: Toesca, Gay, Bello, Domeyko, Philippi, Courceil-Seneuil, Rudolphi, Lens y tantos otros elevaron las artes, las ciencias, la arquitectura, la ingeniería, la instrucción pública y la medicina a un alto grado. Nuestro ferrocarril fué el primero que se construyó en América, y hoy mismo presenta Chile 7.000 kilómetros de uno de los ferrocarriles mejores del mundo, y, proporcionalmente, el más largo de sudamérica. Tenemos también 30.000 kilómetros de carreteras. Y es preciso tener en cuenta que estos progresos, como todos los demás que podemos mostrar, han sido llevados a efecto a pesar de ser una nación muy escasamente poblada (y por consiguiente, con pocos recursos) y sin esas riquezas naturales que tienen las otras repúblicas de América.

Los chilenos, cuyo descontento y espíritu de crítica es casi patológico, son muy aficionados a citar estadísticas y a compararse con Europa. Ciertamente estamos atrasado con respecto a Inglaterra, Italia y demás naciones del viejo mundo; pero es preciso recordar no sólo los años de vida y de civilización que cuentan esos países, sino también la pequeñez de su territorio y la densidad de su población. Cualquier servicio público que se establece allá y cualquiera obra social tiene un número inmensamente mayor de posibilidades y recursos, porque se desarrolla en un medio más pequeño y muchísimo más poblado. Por eso es que alguien ha dicho que civilizar es poblar.

No obstante, en Iberoamérica sólo una o dos repúblicas pueden ostentar un conjunto de civilización y de progreso como Chile. Nuestras ciudades son muchas, y todas ellas tienen los servicios de la cultura moderna: desde el alcantarillado, agua potable y luz eléctrica, hasta buenos edificios públicos, escuelas y liceos, como no los hay muchas veces en ciudades de Europa. Nuestros correos, telégrafos y teléfonos, extendidos por todo el país hasta el más pequeño villorrio, son inmejorables. Y el Cuerpo de Carabineros, como el Ejército y la Marina, por su organización, su disciplina y su cultura, es ciertamente tan bueno como el mejor de Europa.

La edificación escolar primaria y secundaria, las universidades, las escuelas agrícolas, comerciales, de minería, vocacionales y profesionales, por su número y calidad, nos colocan también en un pie de superioridad indiscutible con respecto a las naciones del continente. El propio A. Farriere, conocido pedagogo suizo, ha dicho que en materia educacional, por sus métodos, la enseñanza de Chile es una de las más avanzadas del mundo. Podrá criticarse la enseñanza fiscal por la orientación que se le ha dado, principalmente por su ausencia de fundamentación moral y de espíritu nacional; pero como extensión y pedagogía, debería ser un motivo de orgullo.

Lo mismo cabe decir respecto a la Beneficencia pública y privada. Nuestros hospitales, como nuestros médicos, son muy buenos. En Febrero un amigo peruano sufrió un violento ataque de apendicitis en Pucón, (el hotel de Pucón, en plena cordillera, al pie del volcán y frente a un lago maravilloso, sería un hotel magnífico en cualquiera ciudad de Europa). Llamado el médico, declaró que debía procederse a la operación cuanto antes, y dijo al enfermo: "Puede operarse en Valdivia o en Temuco; más cerca es Temuco." Mi amigo peruano, que no había oído nombrar a Temuco en su vida, ya que ni siquiera figuraba entre las ciudades que él debía visitar en su viaje de turismo, pensaba aterrado: "¿Cómo será Temuco? ¿Dónde y quienes me irán a operar en ese pueblo desconocido?" "No habrá allí ninguna comodidad, ningún elemento; sino a lo sumo algún mediquillo ignorante". El caso era tan apremiante que consintió en dejarse llevar. Y su asombro fué grande cuando encontró allí un hospital de cuatro pisos, un médico como los mejores y un servicio completo en todo sentido. Y lo mismo hubiera visto en Valdivia, en Osorno, y hasta en Puerto Varas.

En fin, es indudable que en materia de civilización y progreso material, en edificación y standard general de vida, en confort y limpieza, en servicios públicos y en seguridad personal, estamos a la cabeza entre las naciones latinoamericana-

nas. Queda mucho por hacer, sin duda; pero lo hecho es mucho y habla muy alto del pueblo de Chile y de los hombres que lo han gobernado durante un siglo. Con mucho más dinero y con mayores elementos, otras naciones no nos han igualado.

La legislación social de Chile no sólo aventaja en su conjunto a la de todas las repúblicas americanas, sino aún a la de casi todas las naciones de Europa. Pero las dificultades que esa legislación tiene que vencer entre nosotros son infinitamente superiores a las que encuentran allá, por las distancias, la falta de población, la menor cultura y la falta de recursos. Son bien pocos los pueblos que pueden mostrar un servicio tan completo de Cajas de Seguro, de Accidentes, de Jubilación, etc., con servicios médicos, con policlínicas y medicinas, extendidos por todo el territorio. Agreguemos a eso, las numerosas obras de asistencia social y de previsión, las Gotas de Leche, las estafetas de la Cruz Roja, los dispensarios gratuitos, la obra admirable que realizan ya en todo el país las visitadoras sociales. Agreguemos todavía los grandes establecimientos del Consejo de Defensa del Niño, los Hogares pro-vagos y desvalidos, el Hogar de la Madre, la Casa del Niño, la Protectora de la Infancia, el Reformatorio de Menores, las Escuelas para ciegos y para sordo-mudos, los innumerables asilos para niños, niñas y ancianos, las Escuelas-Talleres, los Centros Culturales para Obreros y las Colonias Escolares.

¿Creen los chilenos que todo eso existe en el mismo número y calidad en todas partes del mundo? ¿Creen que pueden mostrar ese conjunto de obras sociales, públicas y particulares todas las repúblicas de habla castellana? Pero los chilenos no piensan nunca en lo que tienen, sino en lo que queda por hacer; nunca alaban lo existente, sino que lo critican; nunca comparan la realidad con las posibilidades, sino con lo que, a juicio de cada uno y según sus exigencias, debería haberse ya hecho. Los extranjeros son más comprensivos: no sólo admiran a Chile por lo que hay en él, sino que le rinden el mejor homenaje, que es quedarse a vivir en medio de nosotros, felices de hallar aquí la misma civilización de su propio país.

Santiago, Valparaíso y Viña del Mar son ciudades perfectamente europeas. La primera sobre todo ha alcanzado en los últimos años un grado de embellecimiento y de vitalidad casi desproporcionado a la población del país.

Y lo que asombra al turista es nuestro enorme movimiento comercial. En todas partes se ven construcciones y traba-

jos; los tranvías lo mismo que los ferrocarriles están atestados de gente; hay toda clase de artículos nacionales y extranjeros; el país produce calzado inmejorable, sedas y paños bastante buenos, productos químicos e industriales que competen ventajosamente con los importados, y los campos se cultivan intensamente según los últimos adelantos.

Durante el verano, casi todas las familias pueden darse algunos días de descanso en las costas o en los campos y trenes especiales llevan cada día Domingo a miles de obreros a nuestros magníficos balnearios.

A pesar del alza actual, todavía Chile es el país más barato del mundo. Cuando uno llega del extranjero, no comprende cómo pueda pagarse tan poco por la alimentación, por el vestuario y por la movilización. El valor de un telegrama, de un viaje en tranvía, de los cigarrillos o de los fósforos resulta ridículo, comparado con lo que todo eso vale más allá de nuestras fronteras.

Chile es tal vez la única o una de las pocas naciones del mundo en donde ningún artículo es monopolio del Estado.

Tampoco monopoliza las libertades públicas ni privadas. Al contrario, en Chile se puede decir todo lo que se quiera y hacer cuanto a uno le venga en gana; la prensa, los partidos políticos y los grupos demagógicos gozan de todas las garantías. No es así en Rusia, en Alemania, ni en Italia; no es así ni aun en Francia, en Bélgica o en Inglaterra, clásicas tierras de la libertad. No es así en ninguna de las repúblicas iberoamericanas. La oposición tiene en Chile un lenguaje y una falta de conciencia para atacar, que son ya una verdadera escuela de indisciplina y de revolución.

Por temperamento, por clima y por falta de formación clásica. Chile no ha producido muchos o muy buenos poetas y escritores, comparado con nuestros hermanos de América. Sin embargo, el primer diario del continente apareció en Chile; aquí hallaron acogida y ambiente intelectual, ilustres desterrados de Argentina, de Uruguay, del Perú, que han sido glorias de su patria. Las editoriales de Chile llenan por completo las librerías de toda la América de lengua española, y Pablo Neruda y Gabriela Mistral ocupan hoy día los primeros lugares en las letras americanas.

Nuestros músicos, especialmente pianistas, son conocidos en el mundo entero. Nuestra escuela de Bellas Artes es de las mejores. Pintores chilenos han obtenido medallas y distinciones en concursos mundiales.

Todo este progreso, toda esta civilización, toda esta cultura han podido obtenerse y desarrollarse porque, además de los factores naturales, ha habido en el país, que tiene poco

más de un siglo de vida propia, Gobiernos estables y sanos, hombres patriotas e inteligentes, instituciones serias y honradas, leyes sabias y oportunas. ¡Cuántos siglos tardaron en formarse las viejas naciones de Europa! Jamás ha habido en Chile ni uno solo de esos grandes escándalos y peculados financieros que suelen aparecer en otras partes, aun en países como Francia y Estados Unidos. Jamás ningún gobernante chileno, ni un simple ciudadano, ha negociado con el nombre o con las necesidades de la patria.

Por el contrario, la visión, en conjunto, de su Historia y de su vida actual, aunque azotada por una aguda crisis de subsistencias, muestra una nación excepcionalmente grande y próspera, cuyos hijos deberían sentirse orgullosos de su raza y unirse para reavivar en ella el espíritu patriótico y nacionalista. Mas, sucede todo lo contrario. Los chilenos están siempre descontentos de Chile, hablan constantemente mal de todo lo suyo y creen que cuanto hay en tierra extranjera es mejor. Ignoro de dónde viene este pesimismo que llega a ser verdaderamente desagradable: unos me han dicho que se debe a la crisis; otros que a la propaganda política; otros, a defectos de la educación. No lo sé, pero es un hecho que se nota apenas uno pone los pies en Chile.

El mismo día que llegué, comía en un buen restaurant de Valparaíso con unos viajeros peruanos. Uno de ellos dijo al mozo: "Tráiganos un buen vino chileno; nosotros somos peruanos y queremos conocer los vinos chilenos". El mozo le contestó: "¡Ah, señor! Seguramente ustedes tienen en el Perú mejores vinos que acá; pero le traeré lo mejor que tenemos". Mis amigos no se admiraron de la ignorancia del mozo en materia de vinos, sino de su prontitud para suponer mejor lo extranjero. Eso no habría pasado jamás en el Perú.

Por su parte, la prensa nacional casi no tiene otros temas que los ataques y las críticas a las personas y a las cosas del país. Aún la más bien inspirada, da gran relieve a las noticias pesimistas, en vez de disimularlas: el exantemático, un temblor, un crimen horrendo o la carestía de tal o cual artículo sirven para títulos enormes e informaciones macabras. En otras partes, tales asuntos se publican discretamente, o no se publican.

De la otra prensa, la opositora, no digamos nada. Para ella todo está malo, sin remedio y peor que en el Africa. No hay día sin un editorial y tres o cuatro informaciones terribles sobre la miseria, la tuberculosis, un desfalco o cualquiera otra calamidad. Es una especie de sadismo. Cuando se trata de desprestigiar al Gobierno o a sus hombres, se saltan todas las vallas de la moral. No hace mucho, un periódico decía que todos los hombres que habían gobernado a Chile en los últi-

mos años eran ladrones y rufianes. ¡Y estos periódicos los leen los jóvenes!

Si les hacen creer que todos los hombres que gobiernan y han gobernado a Chile en los últimos años son una banda de rufianes y ladrones ¿qué amor a la patria, ni qué respeto a la autoridad puede haber en esos corazones? ¿Cómo no han de crecer con un fondo de odio, de amargura y de desprecio por Chile y por sus hombres? ¿Y es posible decir que se hace obra nacionalista cuando así se vilipendia todo lo nacional y así se desprestigia a Chile ante el extranjero? La patria no es sólo la bandera o la canción nacional; la patria no es sólo el territorio; es su pasado y su presente, son sus ciudadanos y sus gobernantes, que han sido elegidos por aquellos; la patria, para el chileno, es todo lo que tiene Chile.

Es triste que la pasión política y el resentimiento lleven a algunos hasta destruir los sentimientos fundamentales del patriotismo, del orden y de la fraternidad humana. Esos periódicos han dejado en mi espíritu la impresión que me produciría ver a un hijo que escupe a su madre.

Evidentemente hay en Chile muchas cosas que remediar y que hacer; hay una pavorosa crisis de subsistencias; habrá habido errores y hasta negociados. Pero nada de eso justifica semejante lenguaje, ni es esa la mejor manera de colaborar a la solución de nuestros graves problemas. ¿Explotar y hacer estallar la situación aflictiva nacional para conquistar el poder, es obra patriótica?

El más ignorante sabe que nuestra crisis es en parte, a lo menos, el reflejo de la crisis europea; sabe también cuántos esfuerzos sinceros se hacen por sacar al país del atolladero. No pueden ignorar que muchísimo peor es la situación de grandes naciones más ricas que la nuestra, como Alemania, Francia y hasta Inglaterra. Y en estas circunstancias, en vez de aportar ideas y ayuda, encender odios, exaltar los ánimos, y sembrar insultos y calumnias que hagan todavía más difícil la solución, me parece el mayor crimen contra la patria que yo conozco en la Historia de Chile.

Dr. Roberto Barahona

Profesor de Biología de la Universidad Católica.

Unidad Biológica y Unidad social

En el vertiginoso migrar de nuestra historia — historia del pensamiento, de las concepciones del mundo y de las instituciones humanas — se advierte una marcada tendencia hacia la unidad. Es éste un movimiento lógico, que impulsan razones profundas. Por una parte, el hombre, que se había separado de lo simple y armónico en la época que precedió al Renacimiento y a la Reforma, trató de realizar una concepción atomística del universo y llegó a conclusiones absurdas y a situaciones catastróficas; vivió ideas envenenadas de error que, a lo largo de los siglos, terminaron por intoxicarlo y amenazarlo de muerte; creyó en pseudo-verdades que, una vez aceptadas, lo obligaron a admitir como cierto lo que a todas luces era falso. Ante esta crisis fundamental de un capítulo de la historia, ha sido forzoso liquidar una situación insostenible y comenzar a construir una filosofía, una ciencia, un arte y una política sobre nuevas bases.

Por otra parte, como muy bien ha expresado Osvaldo Lira (véase “ESTUDIOS” N.º 50), “el pensamiento humano como toda realidad actual o posible se encuentra — quiéranlo o no los hombres — sometido de modo indefectible, necesario, a la ley de la unidad”.

Así, pues, la dolorosa experiencia de la historia y la fuerza, fuerza irresistible de la propia estructura de las cosas y de los hechos, van empujando por nuevos derroteros a la humanidad. En esta tarea de reordenamiento de valores están comprometidas todas las actividades humanas y todas las concepciones que llevan el sello de los siglos modernos; tarea ardua y difícil, que es indispensable acometer y que, en algunos aspectos, ha saltado ya desde el bufete del intelectual, para moverse inquietante en los anhelos de las multitudes.

Han sido los aspectos social, económico y político los más hondamente afectados por la crisis y los que, por circunstancias fáciles de comprender, con mayor intensidad preocupan a los hombres. Así vemos cómo, en nuestros días, una serie de concepciones de este orden se ofrecen a la consideración de pensadores, sociólogos y políticos y pretenden solucionar el desorden-atomista. En todas estas concepcio-

nes, aún en aquellas que, como el socialismo revolucionario, son en cierto modo derivados del error individualista, encontramos un fondo común de tendencias a la unidad y a la coordinación. Esta tendencia se fortalece en los sistemas que han aparecido después de la gran guerra europea y que están en vías de realización en países de organización de tipo fascista, como Italia y Alemania, o de tipo francamente cristiano, como Austria, Portugal y Bélgica.

Siendo la sociedad humana una entidad viva que creó Dios integrada por seres libres — tan libres que pueden pecar — es fácil que su ordenación se altere y llegue a perderse de vista su composición natural. Por este motivo, nos parece útil recordar la estructura fundamental y los principios que rigen otra organización, la de los seres vivientes, organización creada también por Dios, pero integrada por elementos que gozan de menor autonomía. De la comparación entre la organización de un ser vivo y la de una sociedad humana orgánica, pueden surgir enseñanzas dignas de meditar.

*

•

*

La Biología actual ha atravesado por una crisis correspondiente al ciclo histórico renacentista. Especialmente en el siglo XIX, merced a la influencia de Darwin y de Virchow, se consideró que los organismos eran simplemente entidades sumativas, en las que el todo representaba la adición de partes independientes y autónomas. En nuestros días, después de largas y laboriosas discusiones, en que han intervenido sabios como O. Hertwig y Bertalanffy, y tras los pacientes estudios experimentales de Driesch, Carrel, Morgan y Rhoda Erdmann, concebimos al organismo vivo de manera diametralmente opuesta a la idea que sustentaban los biólogos del siglo pasado. Hoy ya no se cree que un ser vivo es una reunión de células independientes, como afirmaban los antiguos morfólogos y patólogos; sino se dice que representa un verdadero **estado celular unitario**.

Originariamente, las células disfrutaban de independencia y autonomía absoluta. Así son las células de los Protozoos y las que sirven para la reproducción de los Metazoos. El progreso de la organización ha reunido grupos celulares en organismos más complicados; así se ha logrado un perfeccionamiento de las funciones, por la especialización de diversos tipos de células en un trabajo determinado; este es el origen de los tejidos. De esta manera, las células sensitivas se dedican a recoger los estímulos del exterior, sin tener que desplegar gran actividad para buscar alimento, pues hay

otras células en el organismo que están destinadas a ello. Tal disposición obliga a las células a perder su movilidad y a depender, en parte, de las otras y del conjunto; la libertad queda restringida, pero el organismo pluricelular desarrolla mejor sus actividades.

Sin embargo, la autonomía celular no se pierde totalmente. Los estudios de Carrel nos enseñan que los órganos que evidencian una verdadera fusión de células en una sola y gran masa única, al ser cultivados in vitro, se descomponen en células aisladas, libres y móviles. Hasta los tejidos de máxima diferenciación, como el cardíaco y el nervioso, demuestran en los cultivos que las células pueden recuperar la perdida individualidad.

Hay también ocasiones en que, dentro del mismo organismo, una o varias células se independizan del conjunto y, sin obedecer a los dispositivos reguladores, comienzan a proliferar desordenadamente y a nutrirse sin sujeción al total. Dichas formaciones celulares de carácter independiente constituyen los llamados cánceres y, debido precisamente a su tendencia egoísta e invasora, deben ser extirpados radicalmente por el bisturí, para salvar la vida del organismo afectado.

El hombre y los pluricelulares en general se nos presentan, entonces, como organismos unitarios, centralizados, en los que todas las células se encuentran ligadas mutuamente por lazos que las hacen solidarias del conjunto vital. Esta unidad perfecta que se observa en la estructura y en el funcionamiento de un organismo se realiza mediante dos grandes sistemas de coordinación, uno de naturaleza química y otro de naturaleza nerviosa o neuro-psíquica. El sistema de coordinación química se efectúa gracias a sustancias llamadas hormonas, las que en cantidades pequeñísimas recorren el organismo a través de los vasos sanguíneos, excitando una función o frenando alguna otra o despertando el desarrollo de cierto órgano que estaba esperando dicho llamado para entrar en trabajo; también intervienen en este sistema de coordinación química las materias alimenticias que son absorbidas por el intestino en forma de sustancias muy simples y que son llevadas por la sangre a las diversas células del organismo, las que así se encuentran en todo momento nutridas suficientemente y con los mismos materiales. La regulación nerviosa o neuro-psíquica se hace posible gracias al denominado sistema nervioso autónomo, que inerva los órganos y víscera que intervienen en la vida vegetativa. Hormonas e impulsos nerviosos se influyen mutuamente, de manera que existe en último término una verdadera regulación neuro-hormonal que preside la unidad orgánica.

En relación con los citados sistemas, encontramos en el cuerpo de un ser vivo dos clases de células — las dos grandes clases sociales de nuestro estado celular, según la gráfica expresión de Nicola Pende, de quien hemos tomado esta idea — clases que cumplen con su papel en orden al conjunto: hay un tipo de células que provee a la vida vegetativa del organismo, interviniendo en los procesos metabólicos, especialmente en la frase de introducción y de elaboración de alimentos; y existe un segundo tipo de células que está construída principalmente para atender a la vida de relación del individuo; en este tipo el trabajo es eminentemente de gasto material, de derroche de energías, al revés del primero.

En los seres normales, las tendencias vegetativas y las de relación se encuentran equilibradas; hay proporción entre la fuerza de asimilación y conservación, por una parte, y el impulso generoso de salir de sí mismo y darse, que es el carácter de la vida de relación. Sin embargo, pueden considerarse normales pequeñas predominancias que evidencian determinados seres. Por ejemplo, en el sexo masculino, se nota que prevalece el sistema de relación sobre el de la vida vegetativa; en el sexo femenino, en cambio, hay un franco dominio de la esfera vegetativa sobre de relación. Este fenómeno tiene su explicación en el diferente rol que están llamados a desempeñar en la sociedad los dos sexos y no significa, como han pretendido algunos autores, mayor o menor importancia de uno de ellos.

Se conocen casos en que el predominio de un sistema sobre el otro es tal que constituyen verdaderos tipos morfológicos, funcionales y psíquicos. Existen individuos en los cuales hay un desarrollo inclinado en el sentido de la vida de relación; son seres de acción o de pensamiento, de vísceras reducidas en comparación con el desarrollo de los miembros y la cabeza; por el contrario, frente a estos longilíneos micropláncicos, hay otros en los cuales se advierte una prevalencia de la vida vegetativa; son brevilíneos y megalopláncicos, con gran desarrollo del tronco y escasa importancia de la cabeza y miembros. Estos tipos no sólo se distinguen morfológicamente; también difieren en su fisiología y muy especialmente en sus caracteres espirituales. Don Quijote y Sancho Panza representan los tipos máximos de cada orden de desequilibrio bio-psíquico.

En resumen, el organismo humano es una inmensa sociedad celular en que los elementos o unidades constitutivas entran en estrechas relaciones con sus vecinas y se encuentran sometidas en su desarrollo y en su actividad al organismo total; para el ejercicio perfecto de las funciones del organismo, las células semejantes se reúnen en tejidos especializados, diferenciados, por su origen y su trabajo; así apro-

vechan también de las actividades de los demás tejidos y contribuyen a que todo el organismo disfrute de su labor.

Si consideramos que la sociedad humana es un gran organismo vivo cuya célula es el hombre y comparamos su estructura y ordenación con la de éste, veremos cuánta razón tienen los que pretenden en nuestros días volver a la constitución orgánica del estado y de la sociedad.

La primera organización social es la familia, en la cual el hombre representa las funciones de la vida de relación y la mujer las de la vida vegetativa; el uno trabaja y piensa, mientras el otro cuida de la existencia y del desarrollo de la familia.

Luego se nos aparece claramente la necesidad de la colaboración entre los seres de organización semejante con los que poseen otras cualidades y funciones. De este mutuo ayudarse, sale la riqueza que representa la sangre del organismo social y que debe circular como en la máquina del cuerpo, de tal manera que todas las células humanas sean bañadas por ella. Tanto los seres que laboran en la vida vegetativa de la nación, como los que dedican sus esfuerzos a las actividades de dirección y relación, contribuyen al bienestar nacional y tienen derecho y necesidad de participar de los frutos del trabajo común; lo contrario se denomina en Biología parasitismo y pertenece al dominio de la Patología.

Nos muestra también la consideración del organismo vivo otra característica importante: la jerarquía. No todos los elementos que constituyen la sociedad desempeñan roles de igual importancia y responsabilidad; por esto se encuentran diversamente escalonados y protegidos de modo también diferente. Cuando se produce una infección grave, el organismo demuestra claramente tal valoración de sus células, permitiendo que algunas sean destruidas, que otras sean seriamente heridas, a condición de vigilar la integridad de las que, como las nerviosas, ejercitan las funciones más delicadas.

De esta manera, basándonos en las ideas de colaboración de funciones, diferenciación de trabajo y jerarquía de clases, y admitiendo una autoridad central fuerte que subordine el interés particular al general, comprenderemos cómo se organiza un estado vivo y sano. Y son éstas las ideas que vienen enseñando los cristianos, desde los tiempos evangélicos...

El acuerdo "Matignon" y los conflictos del trabajo en Francia

Francia ha sido considerada, y nó sin razón, como uno de los países socialmente más equilibrados. Con una clase media fuerte y bien cimentada en la pequeña y media propiedad, parecía, hasta hace sólo un par de años, inmune a las grandes conmociones sociales y económicas que han caracterizado la historia europea de la post-guerra.

Y sin embargo, también le ha tocado el turno; más tarde quizás que a otras naciones, pero por eso mismo en una forma más grave y aguda.

Francia es la Patria del derecho moderno individualista. Su Código Civil, modelo de tantos otros, es un verdadero monumento a la idea del derecho fundado en la libertad absoluta y sin límites de la voluntad de cada cual. Las nociones de interés común y justicia social no tienen cabida en la completa y acabada construcción jurídica de su legislación napoleónica y sus insignes comentadores. Reducido el derecho social a los vagos e imprecisos conceptos de "orden público" y "buenas costumbres", el eje principal de todo el sistema es el concepto de la convención privada como fuente principal de las obligaciones; convención que debe y puede pactarse **libremente**, es decir, en la forma en que cada uno la estime más conveniente para **sus** intereses; y entre partes que el legislador presupone **igualmente libres** y capaces de defenderse por sí solas. El trabajo es considerado una mercancía, y por lo tanto susceptible de ser objeto jurídico en las condiciones en que las partes lo acuerden. A las asociaciones se les reconoce sólo un carácter ficticio, de individuos, y por supuesto que no existe el derecho de sindicalizarse, considerado como atentario a la "libertad" perfecta en que siempre deben pactar los sujetos individuales.

En semejante construcción jurídica muy lenta y difícil tenía que ser la infiltración y aceptación de los principios sociales que informan el moderno derecho, tanto en lo público como en lo privado. Más lenta y difícil que en otras naciones, dada precisamente la grandeza y solidez de un Código Civil en el cual intervinieron los mejores jurisconsultos, comentado y alabado por tanto autor de renombre, y, sobre todo, incorporado a la vida social francesa por una larga y respetable jurisprudencia.

Pero también en Francia se ha producido la sublevación de los hechos en contra del derecho escrito actual. Frente a una concepción abstracta e irreal, cristalizada en una legislación casi perfecta en su forma y en su íntima trabazón, pero que en último término desconoce el carácter social del hombre, se ha ido abriendo paso una nueva conciencia jurídica, fruto de la realidad social. El choque entre ambas ha tenido que ser violento, y bien lo comprueba la gestación de las últimas leyes dictadas por el Gobierno francés sobre contratos colectivos, aumento de salarios, conciliación y arbitraje, etc., etc.

* * *

A raíz del triunfo electoral obtenido por el Frente Popular francés en las elecciones de Marzo de 1936, triunfo que lo hizo dueño del poder, una serie de grandes huelgas se desencadenaron alcanzando proporciones gigantescas. De una población activa obrera ascendente en total para toda Francia a 7 millones y medio, a comienzo de Junio de 1936 habían 1.300.000 individuos en huelga, lo que significaba, como fácilmente podrá considerarse, gran parte de la producción francesa detenida y una gran cantidad de habitantes privados de sus medios de subsistencias. Las peticiones concretas presentadas por los huelguistas versaban principalmente sobre el reconocimiento del derecho sindical existente ya, pero no respetado por los patronos quienes recurrían a mil subterfugios para evitar la sindicalización; la semana de 40 horas, desahucios remunerados, aumento de salarios y la institución de delegados obreros en cada fábrica.

Las peticiones, como puede verse, no tenían en sí nada de extraordinariamente grave. La mayor parte de ellas eran justas, y cualquier programa social, por muy moderado que fuera, no podría menos de incluirlas. Sin embargo, el movimiento tenía una doble característica que lo hacía extremadamente grave. En primer lugar, el carácter simultáneo con que estallaban las huelgas revelaba una organización muy poderosa y una propaganda política hábilmente llevada, quizás hasta qué punto influenciada desde el extranjero. En segundo lugar, el nuevo método empleado para conseguir la aceptación de sus peticiones, a saber, la ocupación de las fábricas, provocaba graves disturbios y constituía un precedente de suma gravedad.

Por el lado obrero, el movimiento era, a todas luces, dirigido y controlado por la C. G. T. (Confederation General de Travailleurs), organización de avanzada cuyos adherentes llegaron en esos días de las huelgas, a 4.700.000. En

segundo lugar, actuaba la Federación de la Agricultura, organización que aumentó sus afiliados en esos días de 8.000 a 180.000.

Para muchos, el estallido de estas grandes huelgas era incomprensible. A raíz del triunfo del Frente Popular, triunfo que, como decíamos, daba a las fuerzas de izquierda el Gobierno, y por lo tanto poderes suficientes para dictar decretos y leyes de avanzada social, no dejaba de ser extraño un levantamiento obrero de esa especie que colocaba en gran peligro a los mismos a quienes esas fuerzas habían llevado al poder.

Los patrones, sobre todo la C. G. P. F. (Confederation General de la Production Francaise) adoptaron en un principio una actitud de franca lucha, de resistencia a todo precio a las exigencias obreras formuladas en esa forma violenta. Acordaron no entrar en discusiones mientras los obreros, por primera providencia, no desalojaran las usinas.

En este estado las cosas, y agravándose por momentos la situación pues los esfuerzos aislados de entendimiento fracasaban, el Gobierno, que en un comienzo se había mantenido neutral, empezó a intervenir. Tras de muchas gestiones, se consiguió por último una reunión de delegados de la C. G. T. y de la C. G. P. F. en la noche del 7 de Junio de 1936, reunión que tuvo lugar en el Hotel Matignon. Los Patrones, ante la declaración del Gobierno en el sentido de que no emplearía la fuerza pública para hacer desocupar las fábricas, y ante sus propósitos de enviar inmediatamente al Congreso diversos proyectos de ley de carácter social, se vieron obligados a ceder y a entrar en negociaciones. En la misma noche del 7 de Junio, tras largas discusiones, se llegó por fin a un acuerdo como solución inmediata a la situación creada.

El documento suscrito, conocido con el nombre de "acuerdo Matignon", contiene siete artículos. Por el primero y segundo, la delegación patronal admitió el establecimiento de los contratos colectivos del trabajo, debiendo incorporarse en dichos contratos los demás puntos materia del acuerdo, a saber: respeto al derecho de sindicalizarse, comprometiéndose los patrones a no poner trabas a la libertad sindical; los obreros por su parte se obligaron a ejercer el derecho sindical dentro de los márgenes legales, con lo cual renunciaban al procedimiento de ocupar las industrias (Art. 3.º); los salarios debían elevarse entre un 7% y un 15%, no pudiendo exceder el aumento, en una industria determinada, a un total de un 12%; los salarios anormalmente bajos se aumentarían en primer lugar (Art. 4.º); se instituyeron los delegados obreros, encargados de llevar en cada caso hasta la dirección de la empresa las reclamaciones del per-

sonal (Art. 5.º); los patronos se obligaron a no tomar sanciones de ninguna especie con motivo de las huelgas, declarándose por su parte la delegación obrera dispuesta a desalojar las fábricas y reiniciar el trabajo (Art. 6.º y 7.º). Lleva el acuerdo las firmas de cinco representantes de la C. G. T., entre ellos León Jouhoux, cuatro representantes de la C. G. P. F. y la firma de León Blum.

“Si se quiere resumir en una palabra — escribe Duchemin, jefe de la delegación patronal — lo que fué la atmósfera en que se desarrolló el acuerdo Matignon, se podría decir que ella fué cortés, difícil y dolorosa. Cortés, porque, sin elevar la voz, sin provocar incidentes, todas las opiniones pudieron ser emitidas libremente; difícil, porque oposiciones doctrinarias, sobre todo respecto a la ocupación de las usinas y la libertad sindical, fueron defendidas por una y otra parte, punto por punto, con rara perseverancia; y dolorosa por último, pues los delegados obreros denunciaron salarios por hora particularmente bajos, pagados por excepción en algunas regiones, salarios que de por sí explicaban en parte ciertas reacciones violentas y que, sobre todo, marcaban la gravedad de la crisis reinante”.

Para la Revue de París (1.º—II—1937) “el acuerdo Matignon es uno de los episodios esenciales de la historia política y económica de la presente legislatura”.

El final de las huelgas era un triunfo indiscutible de las organizaciones obreras: el acuerdo Matignon, y 61 leyes sociales votadas por el Parlamento sobre las más diversas materias, entre ellas los contratos colectivos y el establecimiento de la conciliación y arbitraje. La última Ley es reciente, lleva la fecha 1.º de Febrero de 1937.

* * *

Tal como lo expresa Duchemin, ha transcurrido aún demasiado poco tiempo desde el acuerdo Matignon para poder emitir un juicio crítico sobre sus consecuencias, y menos aún pronunciarse sobre el funcionamiento de las diferentes leyes promulgadas. Se obtuvo a raíz del acuerdo el apaciguamiento de las huelgas, y en gran parte pudo ser reestablecida la calma en la producción, aunque muchos conflictos sólo han sido solucionados en forma momentánea. La agitación social continúa, y prueba de ello nos da el cable que continuamente trae noticias sobre nuevas huelgas y dificultades. La aplicación del mismo acuerdo Matignon suscitó diferentes problemas, y las leyes dictadas, en virtud de la premura con que se discutieron, adolecen de defectos y vacíos que se prestan a nuevos roces entre elementos patronales y

obreros. Pero hay un hecho indiscutible: como lo ha expresado Herriot en la Cámara el 15 de Enero del año en curso: "Se está elaborando un estatuto nuevo. Frente al derecho de propiedad, que no puede perder nada contentándose con usar sin abusar, se instituye un derecho del trabajo". Los hechos sociales triunfan sobre el derecho; los principios del "code civile" empiezan a ceder el paso a un nuevo derecho, al derecho social.

* * *

Dejando a un lado todo prejuicio político, cabe observar en la última batalla social francesa dos hechos de sumo interés para todos aquellos que quieren formarse una conciencia clara en estos problemas:

En primer lugar, la importancia relativa de una simple mayoría parlamentaria, y en cambio la importancia decisiva de dicha mayoría apoyada o presionada por fuerzas sindicales. Decíamos más arriba que para muchos, el estallido de las huelgas a raíz del triunfo del Frente Popular entrañaba un absurdo, pues significaba para los obreros colocar a los gobernantes por ellos recién elegidos en una bien difícil situación. No hay tal absurdo; por el contrario, se trataba únicamente de un nuevo paso, consecuencia del mismo triunfo electoral sin las huelgas, sin la ocupación de las industrias y la amenaza de una convulsión social eminente, no habría sido quizás posible a una mayoría parlamentaria de izquierdas sacar adelante diversas leyes como las obtenidas; aún más, quizás esa misma mayoría de izquierdas no habría estado dispuesta a hacerlo, pues no hay que olvidar que también en el Frente Popular francés hay mucho de liberalismo, y no es raro el caso de políticos que en la tribuna parlamentaria son rojos extremistas, y, llegado el momento de concretar las cosas, resultan dignos discípulos de Adam Smith. Por lo demás, bien sabían seguramente los dirigentes obreros que no basta con arrancar al Parlamento una ley; es necesario que esa ley sea aceptada por aquellos que la van a cumplir pues de otra manera sólo servirá para ser burlada. ¿Y no se vé bien claro semejante plan en la neutralidad inicial del Gobierno, seguida de gestiones tendientes a reducir al elemento patronal, terminada en un acuerdo privado, y por último sancionado con diversas leyes? El caso de Francia es una demostración más de la relativa incapacidad de los Parlamentos y del poder de las organizaciones sociales.

En segundo lugar, y muy relacionado con lo anterior, es de interés constatar como, sin ser la C. G. T. ni la C. G. P. F. organismos oficiales, a ellos tuvo que recurrir el Gobierno; ellos firmaron el acuerdo Matignon, y aún más, sólo

a ellos se refiere la última ley sobre conciliación y arbitraje. La tendencia más moderna en el campo de las agrupaciones sociales es sin duda alguna la que va a la organización única, en cierto sentido de derecho público; al "orden" o "profesión" de que nos habla *Quadragesimo Anno*. Y la mejor prueba de ello la tenemos en que países como Francia precisamente, tan distantes aún de un Estado corporativo, en el hecho se vean obligados a considerar a las agrupaciones sociales más poderosas como elementos llamados a influir y determinar en diferentes problemas que atañen a la producción (1).

(1) Sobre el acuerdo Matignon y la última ley de conciliación y arbitraje pueden consultarse los artículos publicados en: "Le mois", mes de Febrero de 1937; "Dossiers de l'Action Populaire" y "Etudes" del mismo mes y año; "Acción Social" N.º 57; "La Documentation Catholique" N.º 830 y 832 de Febrero y Marzo del año en curso; y "La Vie Intellectuelle" de 10 de Febrero.

«EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Nota: 2 a 3

TAP

imitio.

En torno a Spengler y a una Filosofía de la historia

Leyendo un artículo de don Eugenio González, intitulado: "Spengler, Visionario de la Decadencia" me he sentido movido a escribir sobre este tema, que apasiona hoy a los intelectuales del mundo. El artículo en referencia, aparecido en "Clio", revista del Centro de Estudiantes de Historia del Instituto Pedagógico, indica a un pensador profundo, y resume acertadamente el sistema spengleriano de la historia. Como pensador y filósofo, sin duda que Oswald Spengler es uno de los más representativos de la época actual. Su muerte, acaecida el año pasado, cerró sobre su tumba el cerebro inspirador de tantos acertos en el terreno de la crítica histórica. Un cristiano no puede compartir las ideas de Spengler, aunque sí admirar la potencialidad de su genio. El punto básico de partida de la "Decadencia de Occidente" no resiste a una investigación profunda en el orden metafísico, y la misma estructura en sus nudos vitales, del proceso histórico que pretende diseñar, olvida una serie de elementos que un metafísico no habría desdeñado ni podría haber dejado de considerar profundamente como fuente de trayecciones hondas. Cuando pronuncio el término Metafísica — tan desprestigiado en estos días — toma en mí el mismo sentido que el que involucra una realidad profunda; no el de elucubración despegada de las cosas, puro juego dialéctico del espíritu. En este sentido, la historia, como cualquiera realidad, para ser comprendida en sus honduras y poder gozar de panorama universal, debe prestarse a una profundización metafísica.

En la Historia, los problemas que se levantan son complejos. A medida que descendemos de las propiedades universales del mundo al proceso humano, las complejidades aumentan en razón directa. Augusto Comte tenía razón, al menos en la consideración de este aspecto, cuando clasificaba linealmente las ciencias, de lo simple a lo complejo, de lo general a lo particular, de lo independiente a lo más dependiente. El proceso histórico, que para Comte sería el sociológico, se nos ofrece resumiendo todo el universo. En las leyes que lo explican y tratan de explicar nos encontramos con problemas de un orden superior al de la naturaleza. El

fondo humano de la Historia es el problema de la libertad, el inquietante problema del destino, que asume vigorosamente todas las proyecciones históricas. Spengler renuncia a este fondo y fundamentalmente establece, como nervio de su sistema, la ignorancia total del hombre ante el universo, el relativismo de sus concepciones, la incógnita de las causas finales. Se ha dicho que Spengler fué inspirado por las ideas de Hegel y que muchas de sus doctrinas tienen en ellas su fuente. En este punto, Hegel escribía en sus "Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal": "Debemos buscar en la historia un fin universal, el fin último del mundo, no un fin particular del espíritu subjetivo o del ánimo, y debemos aprehenderlo por la razón, que no puede poner interés en ningún fin particular y finito, y si sólo en el fin absoluto. Este es un contenido que da y lleva en sí mismo el testimonio de sí mismo, y en el cual tiene su apoyo todo aquello en que el hombre puede interesarse. Lo racional es el ser en sí y por sí, mediante el cual todo tiene su valor. Se da a sí mismo diversas figuras; en ninguna es más claramente fin que en aquella en que el espíritu se explicita y manifiesta en las figuras multiformes que llamamos pueblos. Es necesario llevar a la Historia la fe y el pensamiento de que el mundo de la voluntad no está entregado al acaso. Damos por supuesto, como verdad, que en los acontecimientos de los pueblos domina un fin último, que en la historia universal hay una razón, — no la razón de un sujeto particular, sino la razón divina y absoluta". Y este punto es fundamental. Al negarle finalidad trascendente al derrotero del hombre, Spengler pierde el cristal de donde observar la marcha del mundo. Y en este punto, es también Spengler el encarnador del Positivismo cientista que ignora o pretende ignorar, adoptando una actitud de indiferencia o de excepticismo, las causas finales de los seres, como pertenecientes a planos inalcanzables. Sin embargo, un filósofo de la historia de la envergadura del pensador alemán no podía dejar de considerar los fines en las cosas, y ahí estriban muchos de sus grandes aciertos. En la forjación metafísica y totalitaria, Spengler se declara incapaz de concebir los fines supremos. De ahí nace su terrible concepción de la historia, fatal, ineluctable, que como categoría suprema — el universo material — envuelve en su existencia, en su ser y en su desarrollo, a la vida humana sobre la tierra. Un sino fatal que impulsa a los seres sin destino para nacer, crecer y morir; una ojeada panorámica sobre las culturas que como las plantas viven sólo de la tierra, sometidas a esta ley fatal de los organismos: una visión total — con ausencia de toda proyección metafísica, — materialista-panteísta en que los dominios de la Razón Pura no tienen otros ámbitos que los ámbitos de la naturaleza y si-

guen la evolución del tiempo y del espacio, bajo el relativismo de los elementos. Es claro, que sobre estas bases, no caben estructuras eternas. La Historia no será una lucha entre Dios y el hombre, a estilo Berdiaeff; una epopeya que desenvuelve la tragedia de la libertad en su pugna contra la materia y por el ideal, sino una sumersión constante de inclinación ante las leyes inferiores de la naturaleza. Spengler ni siquiera ha planteado el problema del destino. Para un panteísta no cabe otra solución que la musulímica y llevada ésta todavía a un plano material. Este problema esencial para el espiritualista carece de sentido dentro del materialismo. Y sin embargo, éste constituye la esencia del existir del hombre y de cualquiera actividad humana. La ciencia y el arte, unas de sus manifestaciones, no hacen sino luchar por una espiritualización cada vez superior. La investigación de las leyes de la naturaleza no es sino una tendencia hacia la reducción, hacia la unidad, hacia el ser — patrimonio de estructuración de la Razón Pura — en último término, hacia el espíritu. En el arte se contempla la agonía de la libertad en lucha perpetua, con evidencia asombrosa: el arte es un símbolo insatisfecho que aspira a la armonía, a la belleza trascendental; es un conato constante a espiritualizarse — ya que la belleza es espíritu — a través de elementos materiales; esta es su tragedia, su terrible tragedia. De aquí también brota que el arte humano, por ser expresión humana y no divina, por estar bajo las leyes del espacio y del tiempo, no pueda captar totalitariamente la belleza trascendental, y por tanto, deba contentarse sacrificadamente con plasmar sus reflejos, y todas las escuelas o tendencias que se han generado en el decurso de la historia no agoten ni puedan plasmar estilos con caracteres de absolutismo o exclusividad universal. Afirmar que el estilo ático o que el Renacimiento español o que cualquier otro “estilo” cuajaron el arte en su esencia es lo mismo que afirmar que el Verbo se hizo carne en cualquiera de nosotros. El problema de la libertad es eydético, fundamentalmente eydético. La raíz para un ensayo sobre la Filosofía de la Historia Universal ha de buscarse en el orden ontológico. La obra de Spengler tiene grandes analogías con el Materialismo histórico de Marx. Su relativismo y la necesidad de la naturaleza, que prima sobre la libertad de espíritu, no pueden traducirse sino en un Pesimismo Trascendental. Aunque nos afirme Spengler que se le ha tachado injustamente de pesimista, no cabe otra designación. Aunque se tenga el valor del soldado romano que no abandonó a Pompeya y murió en su puesto, porque esa era la consigna, de contemplar la realidad del proceso histórico en su marcha descendente, el pesimismo no estaría en la actitud voluntaria del instante sino en la concepción doctrinal del

universo y de la historia, en el sistema racional de Spengler. Cuando Spengler afirma que intenta considerar la historia desde "lo histórico" se plantea ya en un ángulo en que es imposible investigar las razones supremas del mundo. Como la escuela fenomenológica de Husserl que sólo describe el fenómeno gnoseológico sin valorarlo metafísicamente, y Spengler, a pesar de todo, no permanece en lo fenomenológico: intenta una explicación totalitaria: la de la necesidad de la evolución de las culturas, sujetas a la ley de los organismos materiales, no considerando en ellas ningún elemento eterno, en o fuera del tiempo-espacio. Hace Metafísica y no tiene derecho a hacerla, constituido, como se ha colocado, dentro de un plano puramente temporal. Ya en esta hipótesis su visión de la historia es desconsoladora. Me recuerda a Tiutcheff, el poeta de la noche elemental:

“El hombre, este huérfano sin albergue.
 Helo aquí, impotente y desnudo,
 Ante las nieblas del abismo;
 Toda claridad y toda vida
 No son para él sino un sueño lejano.
 Y este nocturno enigmático y extraño
 Le hace reconocer una herencia fatal”.

Metafísicamente considerado, el panorama spengleriano de la historia es una noche inmensa en donde la humanidad camina con la ignorancia de su destino. El destino para Spengler no envuelve al conocimiento del fin, se refiere a la causa eficiente — en este caso la fuerza interna de las cosas — que empuja ciegamente la vida biológica del hombre. Hablando de la historia: “Es un espectáculo que en su falta de finalidad, resulta sublime, un espectáculo sin objetivo, y lleno de grandeza, como el curso de los astros, la rotación de la tierra, la alternancia de tierra y mar, de hielos y bosques”. La consideración del fin mueve a los seres: “In ordine intentionis est causa prima” decían los antiguos escolásticos. Spengler es un trasunto de la época. ¡Cómo nunca puede observarse aquí la teoría de que los hombres son producto social! Nuestro tiempo y nuestra generación ignoran la finalidad de la vida. Si preguntamos a cualquier hombre que pasa por la calle por su razón suprema de existir, uno entre mil nos dará una respuesta satisfactoria. El positivismo de Comte y Spencer y el Criticismo kantiano influyen considerablemente en la educación, en el destierro y ostracismo de los grandes problemas metafísicos y religiosos. El ignorar su finalidad o el creer en finalidades temporales ha dado este tinte de fatalismo pesimista a la civilización de nuestros días. No hay tragedia más terrible que el perma-

necer a ciegas sobre el problema del destino. Afectado el plano intelectual la acción se sume en derroteros de obscuridad, de escepticismo. Es sabido que en las cárceles, uno de los mayores castigos que pueden infligirse a un hombre es hacerlo trabajar en una obra sin finalidad, por ejemplo, en mover una rueda que nada produce. Es un castigo que puede llevar a la locura. La causa del suicidio es en el fondo la contemplación de un estado anímico que se vé sin finalidad. Este fenómeno afecta hoy a la civilización: es un suicidio lento de decadencia orgánica en que el mundo se encuentra empeñada. Spengler es realmente el visionario de esta decadencia y ha dado en la esencia del por qué de ella. Pero esta decadencia de la cultura occidental es llevada al extremo, a la muerte absoluta, condenada a la desaparición. La cultura de Occidente tiene elementos eternos, indestructibles, edificados sobre la identidad universal de la naturaleza humana: elementos que las culturas anteriores han ido desplazando en cada nueva naciente, como bases de estructuración. Para un pensador católico, a ellos se agrega fundamentalmente el cimiento sobrenatural del Cristianismo, que ha asumido hacia arriba las bases primordiales metafísicas de la cultura occidental. Sin su consideración, se dificulta, si no se anula, la solución de la evolución histórica. Para San Agustín, Bossuet, Berdiaeff, Herder y otros, el rol capital de la historia humana estriba en ser trascendente, en un asumirse (como expresa el célebre pensador ruso), el tiempo en lo ontológico como un momento del eterno misterio del Espíritu. ¿Por qué el proceso histórico tiende a salirse de la historia del tiempo? Esta pregunta es inmensa. Ella nos llevaría en primer lugar a un estudio filosófico sobre el gran problema de la realidad como “**hecho dado**”, de la realidad actualizándose, el problema del movimiento universal. Dentro de la filosofía aristotélico-tomista la solución del devenir está fuera del devenir. La ley del movimiento es una tendencia a escapar del movimiento. La teoría de la potencia y el acto descompone para su análisis este devenir y como causa final constituye — como en realidad es — la concepción de la actualidad. Nunca se ha hecho una aplicación detallada de esta teoría al proceso histórico y sin duda que sería fecundísimo el hacerlo. El proceso histórico es análogo y se reproduce bajo la misma ley universal del devenir. Los seres aparecen en su realidad en estado potencial de desenvolvimiento; de su interior brota la tendencia hacia el acto externo que los perfecciona. Hay una finalidad inmanente que es el principio de conservación en cuanto causa final y cuyo conseguimiento trae al ser su perfección. La correlación de estos fines, de estas tendencias del movimiento de cada ser en el mundo, indica una

finalidad unitiva por encima de todas las inmanencias finalistas de las distintas partes del universo: una finalidad trascendente. El orden, esa exacta disposición de las cosas a su fin, no puede ser concebido sin una unidad trascendente. En el fondo es, en otro aspecto, la posición del fenómeno y del noumeno. Lo propio de lo trascendente, o de aquello que es asumido en lo trascendente, es dejar de pertenecer, en cierto modo, a las antiguas leyes inmanentes. Este proceso se genera constantemente en el universo, es la ley de la existencia, la norma absoluta que rige la finalidad del devenir. Dentro de la concepción agustiniana de la historia, repetidora de la doctrina bíblica, el proceso histórico es, en el tiempo, el reflejo de la Voluntad de Dios. El tiempo refleja lo eterno en la realidad fugaz del instante, en cuanto es algo real, imitación de la Esencialidad Divina. El proceso histórico, sometido a la ley del movimiento, no tiene su fin en sí mismo y por consiguiente ha de terminar asumiéndose a lo eterno. El pasado — como realidad dada — se juntará al futuro en un presente actual que reúna todas las realidades habidas en la historia. La irreversibilidad del tiempo, que tanto preocupara a Nietzsche, recibirá esta solución. Y dada la terminación del proceso histórico y del movimiento en general, ya no cabrán en este marco categorías de movimientos esenciales o de accidentes esenciales: la perfección de los seres del universo — restaurada sobre abundantemente a su primitividad — excluirá estas especies de movimiento, en lo que los seres, por ser potenciales, se mueven en demanda de actualización. Se producirá entonces lo que algunos pensadores han llamado el Reino de Dios sobre la tierra, en el amplio sentido de la palabra. Herder en su famosa obra histórica: “Ideas sobre la Filosofía de la Historia de la Humanidad” afirma este bello pensamiento: “Nuestra humanidad no es más que un estado de preparación, el botón de una flor que debe reventar. El estado presente del hombre es el lazo que une dos mundos”.

Lo que acabamos de decir respecto al fin trascendente del universo, es imposible que escape a un cerebro profundo; Hegel, espíritu metafísico de primer orden, se vió obligado a hablar lenguaje cristiano cuando escribía: “Todo el movimiento universal no tiene otro objeto que manifestar el espíritu de su gloria”. La vida en la naturaleza tiene por resultado el dar a conocer el espíritu como el principio y el fin de la naturaleza. Incorporando y purificando estos pensamientos, colocando en su verdadero plano su esencialidad, concuerda en Hegel el fin último — que para él es el espíritu cuando se hace conciencia de sí mismo, su más alta expresión, — con el espíritu como causa eficiente. Para un cristiano es Dios, no el Dios hegeliano, entre la Nada y el Ser,

lo indeterminado y lo potencial, puro, sino el Acto Pleno, Infinito y Perfecto.

Spengler no ha comprendido los puntales metafísicos del Cosmos. Para él toda la realidad histórica está sumergida totalmente en el ámbito cósmico. Es evidente y lógico que su consecuencia sea la negación de lo trascendente. Dentro de esta concepción inmanente del mundo, el proceso histórico no tiene en realidad una finalidad determinada y el fenómeno mismo del movimiento no alcanza solución. El no vé en la historia sino procesos de ciclos, similares a una evolución biológica natural, y con características (que en Spengler tienen sentido metafísico-universal) especiales y temporales. Las culturas crean "su verdad" y esta verdad está restringida y limitada por el espacio y el tiempo: son verdades ambientales. Lo metafísico y lo matemático (tomo estos planos por ser los más superiores en la ciencia humana) están condicionados por los ciclos biológicos-temporales de las diferentes culturas que se suceden sin cesar. La analogía, que afirmaba al principio con el marxismo, es profunda. Spengler es más universal y envuelve en la causalidad del proceso histórico la fenomenología cósmica universal. Pero, a pesar de todo, el marxismo vendría a ser una aplicación restringida de la totalidad de su teoría a la realidad económica considerada como fundamental. Sin embargo, esta coincidencia con Marx no sería, ni aún así limitadamente, completa. Pudiera ser que en otra época la realidad fundamental no fuera de orden económico y en esto ya tendríamos una disociación con la mente de Marx. Sobre el relativismo histórico, en el fondo relativismo universal, Spengler no alcanza lo profundo. Los planos de la Razón Pura son absolutos, escapan al tiempo-espacio. La vida intelectual especulativa formalmente se mueve con independencia intrínseca y absoluta de las realidades ambientales e históricas. Su plano no está en el tiempo porque es inmóvil. El marxismo, como Spengler, confunde lamentablemente la "formalidad", que es algo intrínseco, con la causalidad indirecta. Los planos metafísicos y matemáticos, que toda cultura posee, cuando son comprobados con los métodos de la Razón Pura, esto es, con una coincidencia profunda y total con los primeros principios, el de identidad y el de no-contradicción, escapan a todo relativismo y constituyen como una introducción de lo divino en el mundo. El progreso no es otra cosa que un continuo apoderarse de lo absoluto para vivirlo y para aplicarlo, al espíritu y a la naturaleza. En este verdadero sentido se vé que la his-

toria no ha sido, como creían ingenuamente Comte y los positivistas, un perenne marchar hacia arriba. Los procesos históricos, dada la falibilidad humana, sufren retrocesos. Con razón José de Maistre podía escribir: "La historia desde hace tres siglos, no es sino una perpetua conspiración contra la verdad". Las matemáticas no-euclidianas que se citan frecuentemente para hablar sobre el relativismo de la razón no prueban lo que Spengler quiere y más bien sirven de contra pruebas. En las matemáticas no-euclidianas se parte de nuevos postulados para elucubrar nuevos teoremas, nuevas relaciones. Sin embargo, dado el supuesto, afirmada la hipótesis, las relaciones que se establecen son absolutas y las fórmulas más sublimes están encadenadas a los principios postulativos con un rigor lógico indestructible. Si hubiera que discutir el valor de la ciencia sería preciso ir inmediatamente al problema del conocimiento; al fenómeno gnoseológico y ver qué valor tienen en él las intuiciones elementales.

*

* * *

Dejemos a un lado por un momento estos tópicos metafísicos. El centro de la tesis de Spengler para mostrar la decadencia de la cultura de Occidente está constituido por el apareamiento de la técnica con sus conocidos resultados. La mecanización de la cultura, la introducción del "artificio" en la espontaneidad creadora del espíritu, es un fenómeno fatal. La técnica traduce utilitariamente la labor del espíritu y cuando ella adquiere envergadura universal, se produce el anquilosamiento del "elán" productor, de la potencia creadora. La primera muestra de la vitalidad del espíritu es la creación; ésta está subordinada y se ejerce por medio de la contemplación: la vida activa procede de la contemplativa como el efecto de su causa. Una vida de contemplación mantiene al hombre en perenne contacto con el Ideal, con lo absoluto: este contacto necesariamente engendra actividad creadora, especulativa y práctica. El movimiento se engendra de la potencia en presencia del acto; la atracción de lo perfecto, la causa final es necesaria en la producción del movimiento. La contemplación es, en realidad, la última y primordial etapa del espíritu y una sociedad bien organizada debe tender a procurar vías para conseguirla y extenderla. Supone la victoria sobre los órdenes materiales de existencia. La primera necesidad del hombre — fundamentalmente hombre — es redimirse de la necesidad. "El hombre es más hombre cuando trata de ser más que hombre" decía con profunda razón Unamuno. Una cultura basada en la contem-

plación de los grandes problemas del espíritu, estructurada en la vida metafísica y religiosa, en la especulación pura y en la acción depurada, perfecta y desinteresada, señala en su interior una vitalidad inmensa. El espíritu es libre porque puede y de hecho prescinde de las condiciones materiales de existencia, y no sólo de ellas sino en su órbita no caben las consideraciones utilitarias de toda especie. Para mí es una verdad evidente y señaladora de la decadencia de la cultura occidental, como heraldo que anuncia la catástrofe en medio de la superabundancia y la magnificencia de una civilización rica y grandiosa, los sistemas filosóficos de Stuart Mill, Spencer y otros que colocan, en las fuentes primitivas de la moralidad, la utilidad, como norma suprema de conducta. No es de extrañar que para Bergson el hombre sea "homo faber", y la propiedad esencial, caracterizadora de la inteligencia, sea rendir utilidades técnicas, cuando al contemplar el mundo moderno, estructurado totalmente al revés, lo metafísico y lo teórico en función de lo científico natural, lo matemático condicionado por el desarrollo de lo físico y la vida entera proyectada a la acción, no pueda gozar de una visión natural. La cultura de Occidente está hoy forjada sobre la antinaturalidad de las cosas. En los principios de la Razón Pura se ha planteado la disociación entre el objeto y el sujeto, aislando al segundo como un dios, para que viva una independencia nietzscheana que no existe en la realidad y que para el ser finito es metafísicamente imposible. Más que nunca nos empobrecemos al querer independizarnos de lo natural; la filosofía idealista alemana ha llegado hasta el solepcismo: los progresos de las ciencias se valoran sólo pragmáticamente. Yo coloco el siglo XIII de la Edad Media como la época de más vitalidad que se ha dado en la historia, proyectada en todo sentido. En las críticas a los tiempos medioevos se involucra la barbarie como signo característico. No debemos olvidar que ese era elemento "no de estructuración cultural" sino advenedizo, traído de afuera; un verdadero historiador debe contemplar cómo, a pesar de los factores somáticos y raciales, se produjo el milagro medioeval del siglo XIII. Es necesario ver si la estructuración social y cultural estaba bien encaminada o no. Y un examen profundo y no superficial nos llevará ante la presencia de un movimiento inmenso. Un siglo que se gloria de tener un Santo Tomás de Aquino, un San Francisco de Asís, un Dante Aligheri, un Giotto, un San Luis de Francia, es un siglo realmente colosal. Cada uno de ellos exige una civilización y una cultura perfecta, una masa social capaz de producirlos y comprenderlos, una proyección de un mundo dirigido a las regiones puras del Ideal. Nuestro siglo es la agonía de una época. A partir del Renacimiento se intro-

duce en la civilización el virus letal. En el seno del hombre el humanismo renascentista constituye los elementos destructores al plantear el elemento mítico de la libertad falsamente entendida. Introduce en la naturaleza de las cosas un elemento artificial que en el fondo niega. Cree en la imposibilidad de averiguar los fines entitativos, comenzando por negar su valor científico y práctico. Lleva así al hombre a un mundo hipotético y absurdo, desclavado de la realidad. Kant expresará más tarde con su "Crítica de la Razón Pura" la esencia filosófica del humanismo egocéntrico. El mundo moderno adora ídolos y es llevado por ídolos en una lucha perpetua contra la realidad, contra la verdad. Ha cortado el contacto natural entre el Yo y el no-Yo: ha hecho de la Razón Pura un estado perennemente hipotético (1). El mal primordial de la época es la sin razón de la vida, es un pecado de "racionalidad". En la podredumbre de la Razón ha de ir a buscarse la prostitución de la acción. El filósofo de nuestros días no debe contentarse con especular en las alturas — es tanto el relativismo de la vida moderna y la necesidad de practicar especulativamente la acción que no basta plantear los primeros principios sin hacerlos descender con todas sus ramificaciones hasta el terreno último de lo práctico, de la actividad — sino que debe aterrizar y transportar la luz especulativa hasta los linderos en que la contemplación y la acción se tocan, en que el logos y el ethos se separan. Es interesante y profundo, y doblemente válido como testimonio, que Spengler — pensador racionalista, de un panteísmo realístico-materialista, — haya escrito estas grandiosas palabras: "Un siglo de actuación puramente extensiva, que excluye toda elevada producción artística o metafísica — digámosle en dos palabras: una época irreligiosa, pues tal es precisamente el concepto de la gran urbe — es una época de decadencia". La edad actual, usando de términos spengleriano, consiste "en una gradual disolución de formas ya muertas, que se han tornado inorgánicas". Ya no hay una creación intensiva en la proyección del espíritu, la vida moderna no gira conscientemente en torno a lo absoluto, ella campea extensivamente junto a la conquista material del mundo. El factor económico prima sobre los derroteros profundos de la vida, las vocaciones toman un carácter profesional, informadas por la utilidad práctica: es la época evidentemente del reinado del materialismo histórico.

Las épocas de oro de la historia se caracterizan en el dominio del pensamiento por la existencia de grandes sistemas. La inteligencia humana al analizar la realidad tiene

(1) Es decir no le concede a la razón otro valor que el de plantear siempre hipótesis y no verdades, absolutas, se comprende.

el fin de la síntesis. Ella es primordial en la vida del espíritu, responde a la ley de unidad de su propia naturaleza. La analítica profunda está siempre guiada por un principio unificador sintético. La existencia de los grandes sistemas intelectuales indica perentoriamente la vitalidad y el dominio del espíritu sobre el universo material; señala un finalismo en la vida de investigación que es por consiguiente un orientador práctico de capital importancia. En los análisis desorientados en el terreno científico y filosófico, sin vista inmediata a síntesis totales, se vislumbra la decadencia de la época. La unidad constantemente exigida por el desarrollo científico es hoy por hoy una utopía. A partir del Renacimiento cuando se produce el divorcio entre la Metafísica y las ciencias de la naturaleza, por culpabilidad de metafísicos y científicos, y abandonaba a las últimas a caminar sin derrotero profundo de unidad. Las matemáticas comienzan en el siglo XIX a unificar las ciencias, pero esta unificación no podrá llegar a la esencia de las cosas: la cantidad es un accidente y no trasciende en su aplicación sino al campo físico dimensionable: los fenómenos psicológicos, sociales, históricos, están constituidos por formalidades no matemáticas: la unificación se ha hecho imposible. Las últimas investigaciones sobre la contingencia de las leyes de la naturaleza, que admiten variaciones en lo pequeño, adoptando un sentido de estadística, han levantado un problema metafísico de inmensa resonancia. ¿Qué relaciones caben entre la substancia y sus propiedades y sus accidentes? Si estas relaciones no son absolutas sino variables, si no pertenecen al plano especulativo de la Razón Pura, sino que se ofrecen como dadas experiencialmente, si las leyes que expresan estas relaciones — según confesión de los positivistas más intransigentes — no son necesarias racionalmente, pudiendo en el plano de las posibilidades haber existido de otro modo y con otras relaciones, resulta que las matemáticas no pueden ni deben arrogarse el derecho de aplicación, ya que sólo expresan relaciones racionales absolutas. Aún si se introduce como se hace, el cálculo de probabilidades para su explicación, se presenta desplazado el problema. No sólo entonces las ciencias, sino también las matemáticas plantean el problema. ¿Cuál es la causa, el fundamento de estas relaciones existentes en el universo? Si la naturaleza fuera necesaria estas leyes debieran ser también necesarias, y aún racionalmente necesarias, dada la correspondencia entre lo real y lo racional. (La racionalidad de lo real es el primer postulado de las ciencias). La contingencia y la variación exigen un fundamento adecuado; no estamos en el orden puro de lo metafísico, racional y absoluto, pero sólo la Metafísica puede dar la explicación. A mi juicio, la única ex-

plicación suprema y posible se encuentra en la admisión de la Libertad Divina, que en los planos del ser, ha querido libremente unir a determinadas substancias determinados accidentes. El universo físico reposaría en gran parte sobre el fundamento de la libertad. No son juicios analíticos “a priori” los que constituyen el acerbo científico, sino que lo formal de las ciencias estriba en estar contruídos los juicios sintéticos a posteriori. Ambas categorías de juicios — ya que los segundos presuponen en alguna forma los primeros — constituyen las ciencias. Se divisa así en lontananza un porvenir neo-metafísico que llene esta necesidad exigida por el progreso de las ciencias. Hoy vivimos en una época que me atrevería a llamar “neo-pitagórica”. A analogía de la antigüedad caminamos a una edad neo-aristotélica.

*

* * *

Todas estas observaciones sobre la orientación actual en el terreno científico tienen inmensa influencia en el estudio de la historia. Al fin y al cabo la historia es la vida total de la humanidad. El hombre — animal racional — se guía fundamentalmente por su diferencia específica: los derroteros racionales le imponen su forma de vida. La historia desde el Renacimiento, en su labor de disociación ha conducido al hombre a una contemplación profunda sobre su “yo”. Una honda meditación de cuatro siglos sobre un egocentrismo vital imposible ha hecho que este proceso histórico sea una noche para el espíritu. No una noche en sentido místico, sino una noche por cuanto el espíritu se ha cerrado los campos de visión. Teniendo la inteligencia por objeto al ser en general, se ha cobijado en el rasguño de una realidad de superficie, la realidad fenomenal-cósmica, trasunto de un noumeno que ha ignorado. Así el movimiento, el devenir universal y el proceso histórico no han sido comprendidos. Las radiaciones supremas sólo pueden dar a conocer la realidad. Adoptando ésta en función fenoménica totalitaria, la historia es un enigma, un enigma como la esfinge del desierto, que contempla lejanías ignoradas con conocimiento de no poderlas conocer jamás. La historia es un proceso sin finalidad, sin destino. Encarnados tras los marcos del espacio-tiempo, sin retorno a los principios ontológicos o religiosos que los horadan, no poseemos otra actitud que la de declararnos impotentes, sumergidos en el destino implacable de las cosas, en un devenir perpetuo, ciego y tremendo. Un espectáculo de grandeza no está en sumirnos a la realidad cósmica — una sección de la realidad total — sino en comprender la profundidad del espíritu, al cual pertenecemos, hacia el cual cami-

namos, encimados trascendentalmente en vista a lo Absoluto, en este proceso de la historia universal, cuya verdadera esencia integral no se ejerce en la tierra sino en la Voluntad de Dios.

“EL DIARIO ILUSTRADO”

Las mejores informaciones del país y del extranjero
Su página de redacción no tiene competidor
en el país

Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas

Exija a los suplementeros **“El Diario Ilustrado”**

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

Por una nueva aristocracia

Daniel-Rops acaba de publicar un nuevo libro: "Lo que Muere y lo que Nace". Es la primera obra de una nueva colección que, con el nombre de "Presencias", va a dirigir el propio autor.

Analiza, en este libro, el momento presente como fin de una época y nacimiento de un mundo nuevo. Como en sus numerosas obras anteriores notamos en ésta, que Rops no se limita a criticar y atacar violentamente la situación existente sino que aporta ideas constructivas y propone soluciones integrales para los problemas que plantea; ideas y soluciones que siempre están basadas en un sólido fundamento filosófico y cristiano.

A continuación damos una exposición somera de las principales ideas de la parte más interesante de la obra. De ella lo de más actualidad y que debe preocupar especialmente a la juventud, es lo referente a la necesidad, características y formación de una nueva aristocracia.



"Cuando los hombres renuncian a considerar su destino personal como algo de lo cual son responsables, los destinos del siglo ceden y llevan al mundo a la quiebra. Pues ésta dimisión anuncia otras y las prepara".

Esta crisis de la personalidad ha traído como consecuencia el reinado de la masa y la sociedad de la masa es la sociedad del anonimato y de la cobardía. El hombre moderno no tiene nombre ni lo desea, ya sea ciudadano elector, accionista de una sociedad anónima, obrero o especulador.

Por otra parte la glorificación del trabajo, considerado como un valor absoluto en sí, nos ha conducido al productivismo para el cual el hombre sólo vale cuanto pro-

duce; y que por otro lado ha llevado al mundo a la crisis económica que actualmente lo aflige.

Este es en síntesis el panorama que nos presenta el mundo actual. Todos están de acuerdo en que este mundo debe morir para que nazca un mundo nuevo. ¿Pero quienes, y con qué elementos lo construirán?

La situación es trágica, pero no todo en este mundo condenado es condenable. Los valores sobre los cuales descansa no son todos erróneos, se hicieron ineficaces y débiles y hasta perjudiciales porque fueron traicionados o desvirtuados por los mismos encargados de aplicarlos o de velar por ellos, a veces de buena fe, otras por satisfacer sus apetitos egoístas. Como dijo Chesterton: "El mundo moderno está enfermo de verdades vueltas locas".

Tampoco son todos los hombres los que han abdicado ante la vida; como dice Rops: "Nuestro mundo es sin alma, pero aún hay santos".

La crisis fundamental es ante todo una crisis del hombre y para solucionarla no hay otro medio que hacer un llamado al hombre. Pero el hombre que se necesita para emprender esta enorme tarea de construir el mundo nuevo es aquel que es fiel a su vocación, que la sabe superior a todos los determinismos de la política y de la economía. Es el hombre concreto, que vive en el campo económico pero no para lo económico, que sabe que lleva en sí un principio espiritual y una misión y no el ciudadano abstracto de los derechos del "homo economicus" de los liberales o de los marxistas, ni el productor del sistema taylorista. Se necesitan hombres que tengan todavía conciencia de ser hombres, pues la necesidad más grande del mundo que quiere nacer sobre las ruinas del nuestro es la necesidad de una aristocracia.

Estamos viendo desaparecer hoy día la influencia y el prestigio de las antiguas aristocracias de la sangre, del dinero o intelectuales, y ello se debe a que cesaron de desempeñar el papel que debe tener toda verdadera aristocracia: provocar el adelanto de toda la sociedad.

Un hecho que impresiona a los historiadores políticos contemporáneos es el rápido fin de la antigua clase dirigente (del tiempo de la guerra y post-guerra) y la instauración de nuevas clases que no siempre han sabido darse una fiso-

nomía bien precisa. El estudio de los motivos de este proceso más o menos revolucionario es para los historiadores un estudio particularmente sugestivo.

Daniel-Rops al abordar el problema de la clase dirigente en relación con la evolución contemporánea de los fenómenos sociales, prefiere detenerse más que en la evolución, en la naturaleza de la nueva clase dirigente. Y más aún que esta naturaleza que posee esta aristocracia en formación, le preocupan las características y cualidades que debería tener la nueva clase dirigente para poder cumplir la difícil tarea ante la cual se encuentra colocada. Por eso afirma que "los pueblos valen cuanto valen sus élites". El concepto de "élite" es muy amplio y no debe confundirse con el de "clase privilegiada". Los privilegios de nacimiento y de riqueza no bastan ya de por sí para determinar una clase dirigente que a menudo se forma fuera de la nobleza de la sangre o del dinero, y recluta sus propios miembros ya entre la aristocracia de la inteligencia ya entre la democracia de la acción: por una parte los teóricos que fijan las concepciones nuevas de la vida, por la otra los prácticos que no posponen sino que incorporan sus concepciones a la acción misma.

Las antiguas aristocracias olvidaron que sus privilegios les habían sido concedidos sólo en pago de servicios prestados a la colectividad y que su obligación era, si deseaban conservarlos, continuar sirviendo a la sociedad. El día que dejaron de prestar sus servicios conservando sus privilegios, éstos se hicieron odiosos. "La exigencia aristocrática no crea derechos sino obligaciones".

Entre las diversas fuerzas que han destruído a las antiguas aristocracias, Daniel-Rops coloca en primer término al régimen demo-capitalista con su tendencia al igualitarismo. Pero esta destrucción no hubiera sido posible si a este factor no se hubieran unido otras fuerzas, algunas de las cuales eran fuerzas sanas, fuerzas espirituales, las cuales no se dirigían tanto a destruir lo antiguo como a substituirlo por nuevas energías dirigentes.

Pero el igualitarismo no es el ideal. Y salvo naturalmente en el plano de las necesidades vitales, como dice Rops: "No es a la supresión de las desigualdades que debemos tender sino a la organización humana de las jerarquías". Es

la desigualdad injusta, que no descansa sobre ninguna superioridad espiritual, la que engendra los odios.

Una masa humana no puede dirigirse a sí misma. Y ésto que es cierto en el orden político lo es mucho más en el orden de la civilización en el cual la masa no puede permanecer inerte.

Desde el punto de vista ético y cristiano el problema de las clases dirigentes, de las jerarquías sociales, es un problema de la jerarquía de los valores. No debe negarse la jerarquía por un falso igualitarismo, sino hacerla real según la escala de valores de una concepción cristiana de la sociedad.

Y, ¿quiénes son los hombres que deben ocupar la cabeza de esta jerarquía, formar su aristocracia, que deben ser investidos por esta delegación espiritual? Puede contestarse que son aquellos que conciben y se esfuerzan por alcanzar el arquetipo humano. Y para el cristiano este ideal es Cristo. “La exigencia aristocrática conduce a una exigencia metafísica: sólo pueden aspirar a dirigir a los hombres aquellos que, librándose de las presiones de la masa, tiendan a realizar la imagen de la eternidad en el presente”.

**DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA
DEL DIARIO “EL IMPARCIAL”**

Atiende al público en su oficina, Huérfanos 1250,
Teléfono 61563, de 9 a 12 1/2 y de 12 1/2 a 7 1/2.

Gustavo García Díaz

Agente general Exclusivo, Jefe Dpto. Propaganda.

¿A dónde va Alemania?

“Dios ayude a nuestro obscuro y profanado país, y le enseñe a hacer la paz con el mundo y con sí mismo”.

THOMAS MANN

Cuando recibimos noticias de Alemania, vemos ya, por costumbre, a través de ellas, a un pueblo entero que marcha decidido hacia un porvenir de grandeza y dignidad internacional; no nos extraña, en realidad, que este anhelo se traduzca en una organización militar formidable: hay muchos, demasiados enemigos interesados en la destrucción completa de ese país que se alza instintivamente contra los que pretenden amenazar sus tradiciones, sus ideales más sagrados.

Ni nos extraña tampoco que la necesidad haya hecho surgir regímenes políticos totalitarios ante movimientos humanos que pretenden sentar sus doctrinas en todos los planos de la vida, destruyendo implacablemente todo lo que significa obstáculo para la realización de ideologías brutales, basadas, por decirlo así, en la extensión de los métodos y principios de las matemáticas y la física experimental a los problemas del hombre, irreductible, impenetrable ante el mezcquino instrumental de nuestros laboratorios.

Comprendemos también, aunque no justificamos, la exacerbación, la exageración de los sentimientos y aún de los sentimentalismos patrióticos, raciales, regionales y para contrarrestar el temible y paradójico fanatismo de los que esgrimen el odio en nombre de la ciencia, o de la razón.

“No nos extraña”, “comprendemos”; nos parece humana, en el más confuso sentido de la palabra, esta reacción; pero la sabemos poco sólida, poco verdadera, porque vagamente ha llegado a formarse conciencia en nosotros de que el Reich reacciona ante la violencia injusta con su propia violencia injusta, a la soberbia con su soberbia aún más altiva, al desgraciado fanatismo rojo, con un fanatismo mucho más sombrío.

Y esta conciencia vaga adquiriría toda la seguridad necesaria para emitir una opinión si pudiéramos ver proyectadas, como en una película sinóptica, las escenas culminantes de la vida oficial alemana.

Y es muy posible que los que no vemos amenazas inquietantes hasta en los menores detalles de la vida actual de Europa, viéramos en ese torbellino monótono de saludos, de marchar de banderas, en ese relampaguear de actitudes heroicas, los síntomas de un nuevo, inesperado extravío, que para los cristianos tiene un nombre muy claro y no les es, por desgracia, desconocido.

Pero si tratamos de penetrar más allá, en esa vida oficial que no se publica, o en la vida de las instituciones semi oficiales y aún en la vida corriente de Alemania, nos será difícil refrenar el asombro; y los católicos no podremos menos que preguntarnos con amargura si estos son, en realidad, los que reclaman el título de defensores de Occidente, si estos son los que pretenden aniquilar al Peligro Rojo.

Sabemos que una nación europea debe luchar hoy día contra toda clase de bajezas, de egoísmos nacionalistas, de malditas conveniencias comerciales; que Alemania ha tenido que sacudir un yugo ignominioso, impuesto por la inconciencia de naciones que pretenden manejar la historia; naciones que escudadas tras la aparente conveniencia de esa "Comunidad Internacional", permiten toda clase de infamias, o las cometen, asumiendo actitudes teatralmente dignas sólo cuando sus intereses se encuentran amenazados, naciones doblemente extraviadas, orgullosas de su funesta hegemonía, convencidas de que la grandeza de una patria depende del volumen de sus armamentos, de la extensión de sus territorios, de la cifra de su comercio, sin cuidarse más que de guardar las apariencias de un humanitarismo vacío, de una "dignidad", de un "honor", que ya el mundo entero desprecia; sabemos que no es precisamente Alemania quien, con la más loca mezquindad, desde el Tratado de Versalles, ha impuesto la conveniencia.

Pero sabemos también que Alemania no sólo se prepara para derrotar al comunismo; que, impulsada por su fiebre nacionalista, no se dirige tanto a hacer imperar la justicia, la verdadera justicia en el mundo, como a hacer su justicia, a jugar su propia, desgraciada contrapartida.

* * *

Alemania, lo hemos oído, lo hemos leído cien veces, cree tener una misión grande en la historia de la humanidad y está resuelta a cumplirla.

Tal como ellos la entiende, ella es admirablemente noble: librar al mundo de tantos intereses mezquinos que han hecho su desgracia actual; barrer a la masonería, al judaísmo internacional, a todas las insidiosas fuerzas secretas que tanta preponderancia alcanzaron al amparo de la pesadilla libe-

ral; y, por último, la más urgente de todas las tareas: destruir al comunismo.

Pero veamos como lo hace, nos limitaremos aquí a esbozar la base de la acción alemana, y, en seguida, a analizar a grandes rasgos lo más vital del problema, el espíritu del movimiento alemán, o mejor, nazi; lo más vital de su espíritu: su actitud ante la religión.

* * *

La primera idea, la base de la nueva Alemania es la raza, la raza concebida al modo espartano, como ley implacable. Y, conociendo las realizaciones, las cristalizaciones prácticas, como se dice hoy, de este concepto, creemos poder afirmar que es un desvarío, mezcla de brutalidad primitiva y de fatuidad increíble.

Fatuidad, esta es la segunda idea, consecuencia necesaria de la primera; aunque históricamente es su origen. Históricamente, la convicción, la creencia, a veces pueril, en la superioridad de la raza germana, engendra esa despiadada concepción de la raza. Pero también, en el orden lógico, la aspiración a una pureza racial absoluta presupone esa creencia en la superioridad de la propia raza. No nos parece necesario probar esta fatuidad, este orgullo de la raza alemana, sus manifestaciones, su influencia en la historia de este siglo y el pasado, son demasiado evidentes y conocidos.

Estas dos ideas son la verdadera clave de las actitudes, no de la nación alemana, sino de Hitler y sus nazis.

Puede ser que al principio la "teoría" del movimiento nacional socialista, haya sido otra más acomodada a las circunstancias; pero ahora podemos afirmar que estas son las ideas directrices del nazismo en pleno desarrollo.

La expulsión de los judíos, las leyes de esterilización, la persecución religiosa y hasta las aberraciones semi oficiales de Rosenberg, fluyen del fanatismo racista y nos dan la medida de su exageración.

Se expulsa a todos los judíos culpables o no culpables, eso no importa, se expulsa a una raza.

Se combate, aún con infamia y deslealtad a la Iglesia Católica y a las sectas protestantes; ¿cómo se va a tolerar a una religión cuyas Sagradas Escrituras fueron escritas por manos judías, cuya Tierra Santa no es Alemania? No. Hay que combatirlas, con prudencia, porque cuentan con muchos adeptos; pero hay que arrasar con ellas en nombre de la raza, de la unidad alemana. Es necesario volver a los antiguos cultos reformados, crear el cristianismo alemán, la religión alemana. Dios, pase lo que pase, está con Alemania y así como se manifestó hace muchos siglos por medio de un judío: Jesús, hoy se manifiesta por medio de un alemán: Hitler, el Führer, la encarnación de la raza. No podía ser de

otro modo. Quien sirve al Führer, sirve a Dios, porque sirve a Alemania.

Y como es muy probable que se crea que lo anterior es producto de la exageración de algún exaltado enemigo del nacionismo, de algún "bolchevique" o "bolchevizante", como ellos dicen, citaremos las propias palabras de autoridades y de jefes de la juventud alemana:

El 2 de Julio de 1936, el Jefe de la región de Wahl, declara, en Baberhansen, ante siete mil jóvenes:

"El Führer ha creado por su trabajo una juventud libre en una Alemania libre, juventud educada según los bellos ideales de honor, libertad y patria. Los padres empiezan a comprender que no tenemos necesidad de una juventud católica, ni de una juventud protestante; sino de una juventud alemana, profundamente alemana, que, sin trabas confesionales, se incline ante Dios Todopoderoso.

"Los que nos acusan de neo-paganismo no se dan cuenta de nuestra nueva Weltanschauung. Para nosotros es religión el ver cómo el Führer consagra toda su energía a su pueblo, cómo se sacrifica para su pueblo; para nosotros, la gran idea de comunidad que se expresa en la Asistencia de Invierno, es un acto religioso, porque estamos convencidos que el Todopoderoso no nos juzgará por el número de oraciones recitadas, sino por el bien que hayamos hecho al prójimo. Es por esto que seguimos nuestro camino sin dejarnos extraviar, y marchamos hacia el porvenir alemán". (Publicado en el "**Voelkische Beobachter**").

El 5 de Julio de 1936 durante la celebración del décimo aniversario del Congreso Nazi de Weimar, Baldur von Schirach dijo:

"Nosotros pensamos que nuestro servicio y la manifestación de nuestra fidelidad hacia el pueblo y al Führer, constituye una obra que puede mantenerse ante la faz del Eterno. Nuestra fe en la Nación y en el Reich, la declaración de esta fe ante la bandera y el pueblo, es una fe sagrada e inviolable que durará millares de años.

"Quien sirve a Adolfo Hitler sirve a Alemania; aquel que sirve a Alemania, sirve a Dios". (Publicado en el mismo diario anterior).

El mismo Baldur von Schirach, dijo, durante la última semana de Junio de 1936, en el campo de ejercicio de los jefes de juventud, cerca de Heidelberg:

"Cuando se iza y se arria la bandera, cada uno vé en ese emblema sagrado la forma terrestre de su nostalgia eterna. Reconociendo esto, entraremos necesariamente en conflicto con los que enseñan otra cosa. Y asumimos toda la responsabilidad. Queremos ser una juventud creyente que no reconoce nada fuera del aspecto eterno de la Nación Ale-

mana. Así, por este hecho somos los detentadores de una convicción religiosa, los apóstoles de una fe nueva y sagrada". (Publicado en el "Reichspost", el 19 de Agosto de 1936).

El Reichsführer del Frente del Trabajo Alemán, M. Ley, ha dicho:

"Muestra, que tiene por sí sola el poder de salvarnos, es el nacional-socialismo y esta fe religiosa no tolera a ninguna otra a su lado". (Publicado en la misma fecha, en el mismo periódico).

Por último, citaremos un telegrama que apareció en nuestra prensa en el mes de Febrero del presente año:

"BERLIN, 8. — (U. P.) — La campaña electoral de la iglesia (esta es la iglesia de los cristianos alemanes) está ya iniciada... Uno de sus jefes, ex vicario del Reich Engelke... declaró a sus partidarios, según lo indica el "Junge Kirche": "Cristo no es el Hijo de Dios en el verdadero sentido de la palabra; Dios se manifestó por medio de Cristo, como lo ha hecho por intermedio de Hitler".

Tal vez la razón de tal cúmulo de barbaries resida en que los hombres, cuando no obran racionalmente, o cuando, como en este caso, obran conforme a doctrinas de muy escasa o ninguna base verdaderamente racional, se dejan arrastrar por el sentimiento hasta convertirse en lo que, con tremendas palabras, ha dicho el Santo Padre:

"En consecuencia, aquél que con desprecio sacrílego de la diferencia esencial que existe entre Dios y sus criaturas, entre Dios hecho hombre y el simple hombre, quiere colocar al lado de Cristo, o peor aún, sobre El, o contra El, un simple mortal, aún cuando sea el más grande de todos los tiempos, debe saber que es un descabellado profeta de absurdidades a quien deben aplicarse con terrible exactitud, las palabras de la Escrituras: "Aquél que vive en los Cielos se mofa de ellos".

* * *

Pero hemos de creer que, a pesar de esta terrible locura del nazismo, Alemania tiene, verdaderamente, como todos los pueblos, un noble destino histórico; que se ha de reponer frente de sus errores actuales y lo cumplirá valientemente, con la admirable energía de su pueblo.

Y si así no fuera, si el nacional-socialismo tiene en realidad una base tan profunda y amplia en Alemania, como afirman los nazis, debemos repetir, como cristianos, la conmovedora oración de Thomas Mann:

"Dios ayude a la obscurecida y profanada Nación Alemana, y le enseñe a hacer la paz con el mundo y con sí misma".

EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO

JEAN CASSOU

“La Vie Intellectuelle” de 10 de Enero trae un interesante estudio sobre el influjo que hoy han adquirido y seguirán adquiriendo los escritores revolucionarios entre las masas obreras y toma por ejemplo a uno de los más distinguidos de entre ellos, a Jean Cassou, director de la revista “Europe”, novelista, crítico y esteta de enorme cultura y refinadísimo gusto. Como el problema es, en el fondo, el de la conciliación entre la actitud artística y la actitud humana del artista, queremos extractar los párrafos de mayor interés del artículo a fin de dar una somera idea de este problema que tanto entusiasmos despierta en España y Francia y que entre nosotros no produce reacción alguna.

“A la luz de los acontecimientos políticos aparecen en la escena pública ciertos intelectuales que se descubren bruscamente a las masas populares. Hasta ese momento no ejercían sino obscuramente su acción, bien que profundo, sobre la orientación de los espíritus. Ese no conformismo que manifestaban en todas sus obras, esas reivindicaciones enunciadas en nombre del espíritu y de la dignidad humana, esas inmersiones en las tinieblas viscosas de lo inconsciente, si bien realizadas en forma aparentemente anodina para tanto contemporáneo superficial, minaban la noción que el hombre tenía de su dignidad, roían como un ejército de termites un edificio del que no quedaba ya sino la fachada. Muchos no veían en ello sino un juego y confiados en la legitimidad de un **orden** de cuyo poderío no dudaban, continuaban viviendo y actuando como si esas advertencias no hubiesen sido sino acrobacias de niños.

“Hoy día todo ha cambiado. Esos intelectuales a quienes se afectaba desconocer o cuya influencia se ponía simplemente en tela de juicio, se encuentran ahora al frente de las masas. El burgués se asombra todavía de esta revelación, quiere creer que ese ardor es fingido y rehusa confesar la importancia de aquellos en quienes no veía otra misión más que la de agrandar sus ratos de ocio o adornar su vivienda. El diletantismo, un escepticismo desdeñoso, un materialismo confortable, cloroformaban las conciencias y sofocaban el sen-

timiento de la comunión y solidaridad humana. Los bailes de apaches, los concursos de exhibiciones pornográficas y el cinismo de las costumbres, tres erosiones monstruosas — entre tantas otras — del cuerpo de una sociedad descristianizada. Y he aquí que los bufones de ayer son hoy día los jefes de la revolución creciente. No son ciertamente los que en toda ocasión han afirmado la primacía de las fuerzas del espíritu los que han de asombrarse por ello. Sus voces fastidiaban y se prefería permanecerles sordo. Pero el comunismo está aquí, a la puerta. ¿Se comprenderá aquello? ¿Se comprenderá que, siendo el comunismo una mística y una doctrina social a la vez, no pueda oponérsele sino una mística y una doctrina social? Nada de protestas platónicas ni de espasmos de violencia. La hora no es de argucias ni de complacencias en posiciones indecisas. La sola doctrina que oponer al marxismo es el cristianismo. Los conflictos actuales en todos los puntos del globo, son conflictos de civilización. Doquiera que uno se vuelva, es la noción misma del hombre la que se halla en tela de juicio. Conflictos de civilización; es decir, crisis de religión. El problema humano es esencialmente un problema religioso y las místicas totalitarias lo prueban per absurdum.

“La gran debilidad de los intelectuales de hoy día reside en la confusión, mantenida, de los términos y de las realidades que esos términos expresan (amor, justicia, caridad, dignidad humana, espíritu). Hay mucho de elocuencia aún en aquellos que pretenden haberle torcido el cuello; mucho de literatura en quienes reivindican a menudo el privilegio de la acción. Sucede también que la literatura se traduce a veces en actos y su monstruosidad se encuentra entonces probada a costa de vidas humanas; que muchos que proclaman su amor a la humanidad no hacen el menor caso de los hombres, sujetos para ellos excitantes de experiencia. Pero para no arriesgar juicios temerarios vale más atraerse a la letra de las afirmaciones y conceder a todos el beneficio de la duda.

“En el caso particular del drama francés, bien ciegos serán los que no vieren planteada — implícita y explícitamente — una afirmación suprema sobre el sentido del destino de la persona humana. Jean Cassou se expresa acerca de esto con nitidez y hace suya la profesión de fe de Schlegel: “El universo es y permanece mi sola condición”. Cassou que con su libro *Les Massacres de París* acaba de obtener el premio Renacimiento ha sucedido a Jean Gehrno en la dirección de “Europa”. Su mensaje a los lectores de esa revista confirma su voluntad de intensificar “la constante puesta en movimiento de las masas y de los espíritus”. El soñador hoffmanesco de las *Harmonies Viennoises*, del *Eloge de la*

Folie y de las Nuits de Musset; el libertino de los Inconnus dans la cave; el diletante mórbido del Pays qui n'est á personne; el muy erudito y muy sensitivo ensayista y crítico de arte — de vasta cultura y agudísima inteligencia estética — declara haber concluido con las “bodas maravillosas” de una generación que se había embriagado de imaginación y de juegos. La ironía amarga que daba a sus obras sabor de fruta verde, y, según su expresión, la crítica hecha al vuelo por la evasión fuera de lo real, que constituía una de las formas de protesta de los jóvenes de entonces, ya no son — Cassou lo declara — de su propia incumbencia. Eso es lo que da la medida de su calidad humana. No se trata ya, dice, de apartarse de “datos anquilosados” o de “mitos rancios” sino de “una acción tendiente a cambiar de raíz el mundo”. Y escribe: “El artista, el escritor, el poeta, se preguntan bruscamente lo que puede querer decir ese acto de pintar, o de escribir, o de cantar, y lo que hace él — cantor — en una sociedad sin voz”. Es todo el proceso de la rutina vana e irrisoria del arte por el arte. Tarde o temprano un hombre tiene que plantearlo, y Maritain ha tratado lo esencial de la naturaleza y de la justificación del arte. Queda por conocer lo que entiende Cassou por destinación del artista. No es difícil porque se encarga él mismo de decirlo: “Más que nunca, Europa será el órgano de todos los escritores orientados hacia el porvenir y hacia un cambio fundamental; atrevámonos a decirlo con una palabra muy manoseada pero que nuestro optimismo emplea con gusto: hacia el progreso”. Si comprendemos bien, los solos escritores que Cassou reconoce como orientados hacia lo por venir y el progreso son los que profesan la más pura filosofía materialista. Es penoso contemplar a un espíritu tan sutil dar en tales bagatelas, que habitualmente no exceden del tiempo de las campañas electorales o de los límites del Café de Comercio. Para no hablar sino de nuestra generación, un Mounier, un Pierre Henri-Simón, un Henri Daniel-Rops, por ejemplo, no formarían parte de los que están “orientados hacia el progreso”. Pero sabemos cuánto desdeñan los marxistas la Caridad y qué cosa entienden ellos por Justicia y Libertad.

... ..
 “Hecha esta observación, siempre queda que, para quien niegue la autenticidad del cristianismo no existe otra actitud lógica y honesta sino el comunismo integral. El pensamiento de Jean Cassou es categórico en este punto.

“Cristianismo o comunismo: la alternativa es ineluctable. Uno y otro, además, ajustan las cuentas al monstruoso desorden del capitalismo materialista. Romper una servidumbre materialista para reemplazarla con otra servidumbre materialista es cosa que no puede engañar a los católicos. No

es esta revolución la que podrá seducirlas; la "revolución" del cristiano es profunda, universal, insaciable; es la que hasta el fin de los tiempos le **impedirá dormir**.

"Ninguna revolución, aunque fuese en nombre de una "Libertad" que sólo es la más impúdica de las falsificaciones, podrá por consiguiente pillar desprevenido al cristiano. Está habituado a ello, conoce la verdadera libertad y sabe que la única y más difícil de las revoluciones es la del amor. Para él la liberación no es un mito. Cristianismo o Comunismo, le es apremiante siempre definir posiciones. ¿Quiénes serían capaces de asistir como simples espectadores al nacimiento de un mundo? Afirmar posiciones, asumir responsabilidades, todas las responsabilidades y reivindicaciones es, propiamente hablando, portarse como hombre. Tal es el caso de Cassou, como de Maltraux, Guéhenno, J. R. Block, Ramón Fernández, Romain-Rolland, Gide, Nizan, y de todos aquellos que en perfecta lógica se han dado a la empresa de realizar el advenimiento de la sociedad comunista. Es preciso también que sepan bien que no hay compromiso posible entre una filosofía materialista y el cristiano. Entre un comunista y un cristiano — es decir, entre la doctrina marxista y la fe — no hay cuestión de fuerza sino cuestión de amor. "El odio corre hasta rebalsar, dice Mauriac, vivamos, pues, fuera de la corriente".

Hemos querido dar a conocer estas reflexiones sobre uno de los escritores más representativos de la nueva generación francesa por contener abundante materia de meditaciones que podrían aplicarse a nuestra patria. ¿Se ha pensado aquí en Chile por parte de nosotros los católicos sobre la influencia oculta e insospechada, pero honda y eficaz, que poseen los intelectuales sobre la marcha de los acontecimientos? ¿No ha sido más bien nuestra actitud la de incluirse a menospreciar las fuerzas del espíritu y a hacer del vocablo intelectual un mote apropiado para vergonzantes? ¿Se ha reflexionado con detención sobre el problema que crea en nuestro país la predominancia aplastante de intelectuales anti-católicos o acatólicos, predominancia que sólo podría ser negada por los ignorantes u obsecados? ¿Ha sido la táctica de los católicos la de informar, penetrar y asimilar los movimientos del espíritu para enriquecerse con los elementos aprovechables que allí deben existir, ya que el mal absoluto es incalificable? ¿No se han atrincherado, más bien; torpemente en su recinto, rechazando a priori todo avance, toda novedad, todo descubrimiento? Preguntas son éstas cuyas respuestas darían para volúmenes y que de desear sería que cada cual las contestara en lo íntimo de su corazón, partiendo de la base que el católico está obligado, gravísimamente obligado, a informarse de cuanto sucede en su derredor porque la misión que le incumbe en

este mundo es la de orientar las actividades terrenas en dirección de la vida eterna.

No es la represión, sino la siembra espiritual lo que impedirá el desarrollo de las enfermedades de la mente, de los errores, de los corrosivos sociales. Al comunismo, como dice muy bien el articulista, sólo puede combatírsele eficazmente con el cristianismo. Pero con un cristianismo vivo, eficaz no puramente nominal. Sólo un cristiano que posea abundante la vida de la gracia en el alma, la luz de los dogmas en la mente y el fuego de la caridad en el corazón, podrá luchar contra quien niega la vida del espíritu, entenebrece a la inteligencia y hiela con el odio el corazón. Ese cristiano comprenderá que en los movimientos que agitan las entrañas de las ciencias, la poesía, el arte, la realidad social, hay algo de grande, de trascendente que está llamado a ser penetrado por el influjo cristiano, y que de no serlo — a causa de la escasa intelectualidad y condiciones de sus correligionarios — se va a convertir en una fuerza que habrá de esgrimirse más tarde contra su propia religión, desterrándola de actividades que legítimamente, naturalmente, providencialmente, debía informar. Y esa responsabilidad será terrible: equivaldrá a la de haber restringido, limitado, el campo de acción de una religión que por ser la única verdadera, la única divina, tiene derecho a apropiarse de toda verdad porque toda verdad le pertenece de derecho.

MISTICA Y DOCTRINA DE REX

Marcel Laloire, joven escritor belga y uno de los guías más autorizados del movimiento católico juvenil de su patria, manifiesta en "La Vie Intellectuelle" de 25 de Febrero del año en curso su posición y la que, según él, deben adoptar los jóvenes católicos en frente del movimiento rexista belga. Espíritu sereno y objetivo, la opinión de Laloire merece ser tomada en consideración y meditada con lealtad por lo llena de sugerencias que se revela, aplicables, mutatis mutandis, a situaciones similares de diversos países de Europa y América.

Comienza Laloire por insistir en el carácter anti-intelectual del Rexismo. Bajo este aspecto lo compara al Nacismo Alemán y al Fascismo Italiano: "¿Quién conocía — dice — el programa, la doctrina del fascismo antes de la marcha sobre Roma? ¿Cuántos alemanes se habían preocupado de las concepciones ideológicas del Nacional-Socialismo antes del 30 de Enero de 1933? Más exactamente: ¿existía una doctrina fascista antes de la marcha sobre Roma?"

De la misma manera, el Rexismo es igualmente una reacción anti-intelectual, un sentimiento o instinto, opuesto a la manía de sistemas, teorías o programas; un llamado a las pasiones de la multitud y a sus inclinaciones gregarias. Esto es lo que domina esas aturdidadas campañas de propaganda con su publicidad espectacular, su repetición de idénticas ideas y su empleo del color rojo considerado el más activo de todos. La atmósfera excitante de las grandes asambleas rexistas impresiona aún a los más prevenidos. Un discurso del "jefe" opera más conversiones que tonelada de papel, y tan bien lo saben esos caudillos que multiplican las asambleas, reuniones y desfiles hasta organizar varios en un solo día con el fin de dar al pueblo la impresión de la omnipresencia del tribuno".

Esto en cuanto a sus métodos. Veamos ahora la opinión de Laloire acerca de la doctrina rexista.

"¿Qué quiere Rex?"

"Tengo sobre mi mesa un folleto bien reciente: Bases doctrinales de Rex, otra de un teórico del movimiento. Rex es un movimiento revolucionario y popular; quiere la destrucción de los partidos y la creación de una comunidad popular. A la noción de individuo quiso substituir la noción de la personalidad humana que se desarrolla y se expande en la familia, la profesión, la comunidad cultural y la comunidad nacional. El conjunto de todas esas comunidades forma la comunidad popular. El Estado debe hallarse al servicio de la comunidad popular, ni debe substituirse a las comunidades particulares sino "dirigirlas, vigilarlas, estimularlas, contenerlas"; son los términos mismos de la Cuadragésimo Año, que el autor reproduce sin indicar referencias".

A continuación expone el articulista que Rex preconiza el estado autoritario y la organización profesional, para pasar en seguida a un punto particularmente grave, que es el de sus relaciones con la autoridad eclesiástica.

El 20 de Noviembre de 1935 el episcopado belga hacía publicar la siguiente nota en toda la prensa católica:

"Considerando que Rex se ha convertido en una agrupación puramente política;

Considerando que esa agrupación prosigue sus fines mediante procedimientos que no pueden justificarse;

Considerando, en fin, que despliega su actividad fuera de los cuadros del partido católico y desconociendo toda disciplina;

Ordenamos lo siguiente:

1.º) Queda prohibido a los sacerdotes y religiosos asistir a desfiles o cualquiera otras reuniones rexistas, o colaborar en periódicos rexistas;

2.º) Pedimos que el periódico **Rex** no sea vendido a la puerta de las iglesias, y rogamos a los señores párrocos y rectores de iglesias que se observe en cuanto sea posible esa medida;

3.º) Los superiores de establecimientos de enseñanzas emplearán todos los medios encaminados para mantener a los jóvenes alumnos fuera de la agitación rexista”.

En este documento, según puede verse, se vituperan los **procedimientos** de Rex; nada más. No hay en él ni la menor alusión siquiera a puntos dogmáticos.

Ahora bien, en su pastoral colectiva de Navidad de 1936, los obispos belgas vuelven otra vez a tocar la cuestión del rexismo. Laloire cita algunos párrafos de la pastoral que son especialmente decisivos respecto de los diversos puntos que toca el rexismo con su programa.

Sobre los sindicatos cristianos que Rex pretende incluir en las corporaciones nacionales dicen:

“Esas instituciones fueron creadas y existen para dar cumplimiento a directivas pontificias, sobre todo a partir de la encíclica *Rerum Novarum*, ni pueden llenar convenientemente su misión de formación y preservación social más que a condición de formar un organismo compacto y sólido, fuertemente unido a la Iglesia. Es, pues, soberanamente deplorable, y Nos reprobamos como contrario de los intereses de las almas y al bien de la Iglesia el hecho de que ciertos católicos trabajen en dividir y destruir esas obras o privarlas de su carácter confesional, y eso con un fin puramente político. Quienes así obran deben saber que van contra la voluntad formal de la autoridad eclesiástica y que gravan por consiguiente su conciencia”.

Sobre el régimen autoritario o dictatorial hay lo siguiente:

“Nada de bueno esperamos para la Iglesia Católica en nuestro país de un Estado autoritario que suprimiera nuestros derechos constitucionales, aún si comenzara por prometer la libertad religiosa. Queremos el mantenimiento de un **sano régimen de libertad**, que asegure a los católicos, con igual título y en la misma medida que a los demás ciudadanos respetuosos de las leyes del orden público, el uso de sus libertades y derechos esenciales, con la posibilidad de defenderlos y reconquistarlos por medios legales si se viesen algún día amenazados o atropellados.

“Un régimen de libertad supone, evidentemente, el derecho para los ciudadanos de agruparse en partidos políticos: Un Estado sin partido no puede ser sino un Estado autoritario. Es preciso, pues, que exista una agrupación política poderosa, abierta a todos los ciudadanos respetuosos de los derechos de la conciencia, que lleve en su programa, como pri-

mer punto el mantenimiento y la defensa de los derechos sagrados de la conciencia y de la Iglesia”.

Un alcance haremos a este párrafo de la pastoral: la de que no es lo mismo Estado autoritario que Estado totalitario. Un Estado sin partidos deberá ser autoritario, pero de ninguna manera ha de ser necesariamente totalitario. El carlismo español, en sus dos ramas de posibilistas e integristas, defendía y aún defiende el Estado corporativo, y su programa fué aplaudido y alabado por sacerdotes eminentes en ciencia y virtud, como Balmes y el cardenal González. La confusión nace, como decía Vázquez de Mella, ilustre tribuno carlista y fervoroso católico, de que un partido político puede considerarse como una pura corriente de opinión o bien como instrumento inmediato de gobierno. Suprimirlo en el primer aspecto es totalitarismo y atropello de conciencias; suprimirlo en el segundo aspecto, dejándolo subsistir como corriente de opinión — la cosa es factible — no es de ninguna manera totalitarismo. La monarquía española alcanzó su máximo esplendor religioso en tiempos de que una admirable organización social y política conciliaba, con la perfección que es dable en este mundo, un robusto autoritarismo — San Fernando, Isabel la Católica, Felipe II — con un reconocimiento teórico y práctico de los derechos del catolicismo de que no hay otros ejemplos fuera de la Francia de San Luis.

El mejor tónico cerebral

F i t o s a n

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

HECHO DEL EXTRANJERO

LA CORTE SUPREMA Y LA N. I. R. A.

El sindicalismo americano que antes de 1928 no existía, se ha encontrado al cabo de ocho años en situación de dar batallas y de salir con la victoria. A propósito del reciente fallo de la Corte Suprema de Estados Unidos, en que se reconoce el derecho a los obreros de organizarse para gestionar contratos colectivos de trabajos, tomamos de "Le Mois" de Febrero del presente año los antecedentes de esta decisión que acaba de adoptar un tribunal que se había señalado anteriormente por su oposición tenaz a la política del Presidente Roosevelt.

"La organización sindical — dice la acreditada revista — se chocaba en Estados Unidos con tres obstáculos principales: las divisiones obreras, la oposición de un patronazgo formado por ciento cincuenta años de liberalismo y la Constitución. Las divisiones obreras provenían de la libre concurrencia: los obreros calificados no tenían el menor interés en ligar su suerte a la de los obreros no calificados. La conquista de altos salarios les hacía perder de vista los intereses que podrán defender con la mano de obra barata. En cuanto a los patronos, tenían en sus manos tanto la economía como la política, con la aprobación de las clases medias y de los obreros calificados. Y la Constitución, a su vez, sancionaba tal estado de cosas: los principios del liberalismo y de la autonomía de los Estados paralizan de antemano todo acuerdo entre las clases obreras, no solamente de un Estado a otro, sino aún en el interior de un mismo Estado. Ahora bien el hecho novedoso es que tal estado de cosas se modifica rápidamente ante nuestras miradas desde el otoño de 1932. La organización sindical tiende a concluir con ciertas divisiones obreras y a reagrupar sobre bases nuevas a los trabajadores. La oposición patronal se doblega porque ya no puede contar con el apoyo casi unánime de las clases medias ni con la colaboración de los poderes públicos. En fin, la fortaleza de la Constitución se ve amenazada más y más por los asaltantes. Tanto y tan bien, que el triple obstáculo que cerraba la ruta al sindicalismo se ve hoy día obligado a batirse seriamente en retirada".

Narra en seguida el articulista las dificultades obreras — o sea el primero de los obstáculos — que se produjeron en el seno de la A. F. L. (Federación Americana del Trabajo)

entre las Uniones corporativas conservadoras y las organizaciones fundadas sobre base industrial. Estas últimas se confederan bajo la presidencia de John Lewis cuya actuación había sido enérgica y decidida en recurrir a huelgas a fin de obtener mejoras de salario, y a la intimación que les dirige la A. F. L. de disolverse, oponen una rotunda negativa y constituyen un Comité de organización industrial — I. C. O., — quedando así consagrada la división de los trabajadores yankees en dos grandes organizaciones. Al paso que la A. F. L. es políticamente neutral, la I. C. O. ha apoyado y apoya activamente al Presidente Roosevelt.

Este apoyo se muestra efectivo en la huelga provocada por el I. C. O. en las usinas de la General Motors que emplean a 211.000 obreros. En vista de que los dirigentes de esa empresa y de toda la industria automovilística yankee habían tenido en jaque al gobierno demócrata, rehusando constantemente aplicar la cláusula 7.^a de la N. R. A. que reconoce el derecho sindical, John Lewis da la orden de declararse en huelga primero a los obreros de la General Motors y luego a los de Ford y Chrysler. La huelga estalla primero en la General Motors y las usinas se ven ocupadas por los obreros. Tras de variadas y violentísimas incidencias y a pesar de su negativa a tratar con los obreros mientras ocuparan las fábricas, la dirección de la General Motors se ve obligada a capitular ante el apoyo resuelto de Roosevelt a los huelguistas, respuesta al que éstos prestaban con la huelga a los propósitos del Presidente. Así termina con la victoria de la huelga y por tanto del Gobierno, la lucha contra los patrones e industriales automovilísticos.

Esta ofensiva antipatronal se completa con la llevada contra la Corte Suprema. Quiso el Presidente Roosevelt, en vista de la actitud de la Corte modificar su constitución aumentando el número de jueces con el fin de anular la influencia de los viejos magistrados mediante la incorporación de elementos empapados en sus ideas sociales. Lo curioso del caso es que, no obstante su inmensa popularidad se encontró con una oposición decidida y más poderosa de lo que él y todos hubieran podido imaginar. Político sagaz, sorteó el obstáculo e insistió en que no se trataba tanto de reformar la Constitución cuanto de interpretarla “en sentido más liberal” y apoyándose en éstas sus propias declaraciones propuso al Congreso: “Crear nuevas leyes dentro del cuadro histórico y constitucional”. Cuál sea el sentido de la interpretación propiciado, él mismo lo declaró en su juramento del 20 de Enero al comenzar su nuevo período: “En el curso de estos cuatro años hemos convertido al gobierno en un poder más democrático, porque hemos comenzado a poner en su lugar a los poderes autocráticos privados y los hemos su-

bordinado al gobierno del pueblo. La leyenda que hacía invencibles a esos poderes ha sido destruída; nos han desafiado y han sido vencidos". Entre las potencias que el Presidente Roosevelt llama autocráticas, la industria automovilística se había hecho notar por su intransigencia, contribuyendo en gran parte a la condenación de la N. R. A. por la Corte Suprema y llevando Mr. Ford una tremenda campaña contra la reelección del Presidente demócrata. La actitud de M. Roosevelt durante la huelga automovilística muestra que esa lucha aún se mantiene; pero la capitulación parcial de la General Motors marca un gran progreso para el Orden nuevo.

Con este acontecimiento da conclusión a su artículo M. Florian Delhorbe. Desde entonces, la actitud de la Corte Suprema se ha ido modificando más y más, pues si bien no consiguió el Presidente hacer triunfar su proyecto de reforma por la oposición que encontró aún entre buena porción de sus partidarios en las Cámaras, sobre todo en el Senado, la opinión pública le es cada día más intensa y extensamente favorable. Tanto ha pesado esa opinión que en estos días el cable nos da la noticia de la capitulación del intransigente Tribunal, que ha dado una sentencia reconociendo a los obreros el derecho de organizarse en corporaciones.

Esta gran victoria de Roosevelt tendrá como resultado eliminar casi totalmente las causas de la intranquilidad obrera que venía prolongándose desde tiempo atrás en Estados Unidos, causas que giraban casi exclusivamente — como lo hace notar Miss Perkins, secretaria del Trabajo — en torno del problema de la organización gremial. Muy probablemente las huelgas terminarán, y el genial Presidente podrá prepararse para recorrer otras nuevas etapas de la colosal obra reconstructiva que, con tan penetrante visión y con tan simpática modestia y humildad, ha echado sobre sus hombros para bien de su patria y de todo el mundo civilizado.

AL TRAVES DE LAS REVISTAS

El problema social en nuestros campos

El Pbro. Don Emilio Tagle analiza en el N.º 826, de "La Revista Católica", correspondiente al 27 de Marzo último, la situación de los obreros del campo en nuestro país, y estampa entre otras las siguientes observaciones:

Detengámonos a ver el ambiente material donde vive la familia obrera.

Es consolador constatar que en no pocas partes se están construyendo buenas casas para inquilinos. Sin embargo, eso constituye aún, una escasa minoría.

Hay que decirlo: la gran vergüenza de nuestros campos la constituyen las casas de los inquilinos, y lo que es peor aún, los alojamientos de los afuerinos o forasteros. Estos últimos alojan en conventillos tan infectos como los de las ciudades, y muchas veces esta pobre gente debe pasar la noche en un montón de paja que se echa en una esquina del corral de los animales o en algún galpón o junto a alguna muralla vieja. ¡Lo he visto! Las casas de obreros son un baldón para una sociedad que se precia de cristiana.

Una vez más debemos anotar el divorcio entre la doctrina del Evangelio y la práctica por sus hijos, y a la mezcla de aquel barniz de devoción con la mezquindad, con el olvido de deberes elementales de justicia y de falta de comprensión verdadera del mandamiento de la caridad.

Yo me lleno de santa indignación, cuando visito aquellas casas de los campesinos, que se hallan en fundos de católicos, porque veo que son éstos los que están contribuyendo con más eficacia que nadie, a desprestigiar la doctrina de Cristo en los medios populares. A pesar de cuanto hagan en favor de la Iglesia en otras partes, sea en la política, en la beneficencia o en la misma A. Católica.

Visitando esas casas uno da con la clave de todas las miserias morales. Uno se explica entonces la falta de vida de hogar — ¡qué atractivo pueden tener esos ranchos misera-

bles! — uno se explica la cantina, la remolienda, el alcoholismo, la degeneración física de la raza y la degeneración más honda del espíritu, uno se explica los vicios más abyectos y el porcentaje fantástico de natalidad ilegítima.

Casas indignas de seres humanos. Casas indignas de cristianos. Indignas de hijos de Dios. Pocilgas propias de animales donde a suelo pelado se han levantado unos míseros cuartuchos. Donde viven amontonados sobre algunos jergones o desvencijadas payasas.

Esos tristes ranchos donde no hay alegría ni bienestar. Donde penetra en los inviernos el viento helado y donde cae en abundancia la lluvia.

Pobres familias obreras ¡Cuántos males se originan en el suelo húmedo de aquellas infelices viviendas! Cuánta inmoralidad, en el amontonamiento de gente. Una cama para muchos.

¡Cuántas rebeldías profundas, cuántos odios germinan allí, en la vivienda estrecha y malsana y sucia. En aquella vivienda que rebaja al hombre, que le hace olvidar su dignidad de obrero cristiano. Porque ven las pesebreras de los caballos finos, y los establos para los animales, más confortables que su techo pobre!

Visitaba no hace mucho a una pobre mujer enferma. Estaba tísica y en grado avanzado. “Desde que nos mudamos a esta casa, señor cura, he pasado enferma”. No podía ser de otra manera. Murió pocos días después. Dejaba seis niños chicos...

¡Viviendas que matan al pobre y que dejan mendigando el pan a una porción de inocentes!

Contra esta indignidad protestamos. La Iglesia protesta. Pedimos casas donde el cristiano pueda tener bienestar. Casas sanas y agradables donde se lleve vida de hogar.

Hay que borrar esa mancha de nuestra sociedad actual, los conventillos, los ranchos, las pesebreras humanas!

Repetimos con el Papa: “El ánimo se horroriza al pensar cuán frecuentemente el régimen moderno de trabajo y principalmente las irracionales condiciones de habitación crean obstáculos a la unión e intimidad de la vida familiar”. (E. Q. Anno).

No he exagerado. Es el Papa quien lo dice: “EL ANIMO SE HORRORIZA”.

Salta a la vista en los campos, aquella injusta situación social que señala el Papa: El número reducido de unos cuantos ricos frente “al ejército ingente de asalariados del campo,

reducidos a las más estrechas condiciones de vida y desesperanzados de obtener jamás participación alguna en la propiedad de la tierra y sujetos para siempre a la condición de proletarios... lo que prueba que las riquezas están mal repartidas e injustamente aplicadas a las distintas clases. (E. Q. A.).

Es menester que "con todo empeño y con todo esfuerzo las riquezas adquiridas vayan con más justa medida a las manos de los ricos y se distribuyan con bastante profusión entre los obreros... porque cualquiera persona sensata ve cuán grave daño trae consigo la actual repartición de los bienes". (Enc. Q. Anno). "Existe una ley de justicia social que prohíbe que una clase excluya a otra de la participación de los beneficios". (Id.).

Prescindiendo de los trabajos que se hacen en medias, prácticamente el obrero del campo queda excluido de los beneficios de la producción.

Por otra parte, ¿acaso no sería esta participación, un medio de estimular la actividad del trabajador, como se adelantaba a señalarlo Mons. Rücker en la Semana Social Agrícola de 1913?

En todo caso es una obligación.

A la luz de esta ley de justicia social uno ve cuán poco valor tendrán muchas veces obras de caridad o beneficencia hechas a expensas de la justicia: dice Mons. de Nothingham:

"Las clases elevadas gustan hablar de caridad... pero si antes ejercitaran todos debidamente sus deberes de justicia, quedaríamos pasmados al ver que las reivindicaciones de la más estricta justicia, eran superiores a sus pretendidas caridades".

O sea, si estrujando al trabajador, saco \$ 20 y doy 5 de limosna, he hecho caridad con lo ajeno y me he quedado todavía con 15 que no son míos... **CON 15 ROBADOS!**

El salario familiar no existe. Esto significa que las familias obreras carecen de los medios de subsistencia humana y racional, de aquel mínimum indispensable de bienestar de que habla Santo Tomás.

Pruebo esto con los datos suministrados por la comisión de salarios publicados hace un año.

Informe presentado por la Comisión nombrada por el

Gobierno el 11 de Octubre de 1935, acerca de los salarios.

ZONAS	SALARIO VITAL	SALARIO REAL	DIFERENCIA EN CONTRA
Valles trasversales de Vallenar, Vicuña, Serena, Ovalle e Illapel			
Inquilino	6.59	5.82	0.77
Afuerino	„	4.09	2.50
Aconcagua			
Inquilino	6.67	6.12	0.55
Afuerino	„	4.03	2.64
Santiago			
Inquilino	„	6.63	0.04
Afuerino	„	3.80	2.87
O'Higgins			
Inquilino	„	5.89	0.78
Afuerino	„	3.34	3.33
Colchagua			
Inquilino	„	5.22	1.45
Afuerino	„	3.12	3.55
Talca			
Inquilino	7.28	5.29	1.99
Afuerino	„	3.01	4.27
Maule			
Inquilino	„	5.05	2.23
Afuerino	„	2.59	4.69!
Ñuble			
Inquilino	„	5.47	1.81
Afuerino	„	2.83	4.45!
Concepción			
Inquilino	7.77	4.90	2.81
Afuerino	„	3.06	4.71!
Bfo-Bfo, Cautín y Valdivia			
Inquilino	7.37	6.35	1.02
Afuerino	„	3.05	4.32

Para calcular el salario real que perciben los inquilinos, se han tomado en cuenta los siguientes factores: lo que reciben en dinero en los días hábiles del año; la alimentación en ración de galletas; la tierra que se les da; el talaje; la habitación y otras regalías y servicios.

Para calcular el salario real de los afuerinos se ha considerado lo que reciben en dinero en los días hábiles del año; lo que perciben con salarios mayores en forma de tratos en tiempo de cosecha y la alimentación suministrada por los patronos.

El salario vital se ha determinado tomando en cuenta el costo de vida en las diversas regiones, en estos items: alimentación, vivienda, vestuario, alumbrado, jabón y lavado, leyes sociales, varios para movilización. No se comprende nada para entretenimientos ni aumento de cultura. Tampoco por cargas de familia. El salario vital es el minimum con el que el individuo soltero puede subsistir.

La encuesta sobre el salario indica que el nivel de los jornales en la agricultura del país está por debajo del nivel del costo de la vida, no digo familiar, sino aun personal del individuo. **O sea, ni siquiera existe un salario vital individual.**

Fácil es imaginarse la tragedia de los hogares obreros.

Los niños lloran de hambre, se debilitan, caen presa de la tuberculosis. Tenemos una de las más altas cifras en el mundo, de mortalidad infantil.

A esto hay que agregar la falta de debido aprovechamiento de los salarios. Y entre los factores destructivos hay que mencionar en primera línea a la embriaguez que está minando el vigor físico de la raza.

Hoy, Chile produce al año, 2 y medio millones de hectólitros de vino. No exporta más de medio millón y consume por consiguiente 200 millones de litros. Mientras se bebe sólo 28 litros de leche al año por persona, se consumen 60 litros de vino en el mismo tiempo.

No echemos toda la culpa al pobre pueblo, sin cultura, sin un ideal superior que oriente su vida, desprovista por lo general de distracciones honestas, abandonado. Se encuentra, diríamos desarmado frente a la tentación que por todas partes se le presenta.

Culpa tiene el Gobierno que debería exportar en mayor cantidad; culpa y muy grave tienen las Municipalidades que autorizan patentes y más patentes, en número muy superior a las necesidades racionales de la población; la tienen las autoridades que no ponen atajo a las ventas clandestinas, la tienen muchos dueños de fundos que pagan — admiráos — en vino a su gente: el fundo vende vino al destajo al obrero y recoge en esta forma el dinero que ha pagado en sala-

rio, después de haberlos envenenado y dejado a la familia en la miseria.

Pero donde existen entretenimientos honestos, donde la gente disfruta de bienestar, donde sobre toda preocupación, ha existido una labor de educación del pueblo y de severa vigilancia por parte de los patronos, el pueblo se levanta, el pueblo se regenera.

Comunismo y deber social

El problema de la difusión del comunismo en el mundo y la reciente Encíclica lanzada por el Papa acerca de esta materia, dan motivo a Mons. Gustavo Franceschi para emitir en el número 474 de la revista "Criterio" de Buenos Aires, de 1.º de Abril último, estos conceptos:

Al leer los párrafos que consagra el Santo Padre Pío XI a este asunto no podía menos de recordar lo que ya expuso sobre el mismo tema León XIII en repetidas oportunidades, y lo que el mismo pontífice reinante subrayaba en la Encíclica **Quadragesimo anno**, y más aun si cabe en la **Nova impendet**. La humanidad no quiere comprender estas lecciones, y por lo visto los más tremendos escarmientos no bastan siempre para abrirle los ojos. El Viernes Santo próximo pasado el general Queipo del Llano, en su cotidiana alocución radiotelefónica, se veía en el caso de recordar "a los señores aristócratas" que ha llegado el momento del sacrificio, y que quienes se baten contra la turba roja no lo hacen exclusivamente para asegurar a aquéllos la placentera posesión de sus riquezas. Resultaba verdaderamente pasmosa esta advertencia en semejante hora como la que vive España, y me hacía pensar, al leerla, en lo que se dijo de la nobleza de Francia cuando en 1815 volvió a sus tierras después de veinte y cinco años de emigración: "nada han aprendido y nada han olvidado", o, lo que es peor todavía han soñado con venganzas estériles y preparadoras de nuevos asolamientos. Es que los deberes sociales se han echado en olvido, o han sido desviados de su recto sentido, con inmenso detrimento del orden.

Quiero considerar aquí un punto sólo, que basta sin embargo para mostrár con qué criterio aborda S. S. Pío XI este aspecto del problema comunista. "El obrero, dice, no ha de recibir a título de limosna lo que se le debe en estricta

justicia. No está permitido sustraerse a las graves obligaciones impuestas por ésta concediendo algunas cosas a título de misericordia. La caridad y la justicia imponen deberes a menudo con relación a los mismos objetos, pero toman aspecto diferente cuando se trata de obligaciones de alguien para con los demás. Los obreros tienen derecho a mostrarse especialmente sensibles por conciencia de su propia dignidad". Hay aquí una enseñanza que exige comentarios claros y puntualizados, porque existen inmensos y peligrosísimos errores sobre esta materia.

La propiedad, en efecto, ha llegado a ser mirada como un bien económico destinado exclusivamente al provecho de su poseedor. De ahí que se hayan considerado en ella ante todo los **derechos** de quien la tiene, en detrimento de los **deberes** que naturalmente impone. "De lo mío hago lo que quiero", he aquí la fórmula sintética que adopta esta posición doctrinaria. Y la célebre "Declaración de los derechos del hombre" menciona entre éstos la propiedad, pero no señala los deberes correlativos.

Admiten e imponen los códigos, claro está, ciertos deberes, pero se refieren a lo propiamente jurídico: impuestos, títulos, herencia, administración y otros similares. Fuera de los antiguos Estados Pontificios ninguna ley del siglo XIX ha tratado por ejemplo acerca de lo que debía hacerse con los campos yermos y a todos los maestros civilistas de la pasada centuria apareció muy lógico y justo que un propietario retuviera enormes extensiones de tierra sin consagrarlas a nada útil, mientras abundaban familias carentes de todo campo que cultivar. Recién las necesidades de la guerra obligaron a los Gobiernos a exigir el adecuado empleo de las tierras. Cito la propiedad rural, pero fácil me sería mencionar muchas otras formas de posesión que han adolecido hasta hoy, en casi todos los países, de la misma ausencia de deberes aceptados e impuestos.

Las ideas han llegado a falsearse de este modo hasta un punto tal que quien recuerda los principios más elementales de la doctrina social cristiana según la enseñan los Papas en documentos oficiales sienta plaza de revolucionario. Así parece perfectamente lógico que una persona dotada de plena salud entregue sus caudales para ser administrados a otros individuos sin cansarse en inquirir el uso que de ellos se hace, contentándose con cobrar y disfrutar tranquilamente las rentas. Los resultados de semejante actitud son estupendos. Este tiene sin sospecharlo su estancia convertida en foco activísimo de propaganda comunista en que actúan sus propios asalariados: aquél invierte caudales en una imprenta que edita libros pornográficos o subversivos; el de más allá confía su casa a un arrendatario que la convierte en conventillo

o cosa peor; el otro ha adquirido títulos de una empresa notoriamente usuraria. Todos estos propietarios, — personas a veces absolutamente honorables en su vida privada, — proceden así no por maldad sino sencillamente porque no tienen conciencia de los deberes sociales que su misma fortuna les impone: creen que todo se reduce a dar limosna, con absoluta prescindencia de la justicia. Y se pasman e irritan cuando se les advierte que muy sin quererlo contribuyen de manera positiva a la propaganda bolchevista, pues ayudan a la formación del ambiente en que ésta puede mejor lograr sus propósitos.

Y tal ocurre con toda la vida. No hace mucho, alguien me echaba en cara el que hubiera yo apoyado el descanso dominical de los *chauffeurs*, que, dicho sea entre paréntesis, al cabo de medio año de sancionado todavía no ha podido entrar en vigencia por falta de reglamentación. Y cuando yo le pregunté qué tiempo duraba su veraneo me respondió que tres meses: le parecía perfectamente natural para él noventa días continuados de reposo, pero juzgaba excesivo uno por semana otorgado a un obrero.

Es que se cree que todo lo suple y cubre la caridad. El Papa es quien hace alusión a tal error.

Lo que hay que evitar en la lucha contra el Comunismo

“Lettres de Rome”, publicación quincenal sobre el comunismo, que dirige el P. Lédit, trae en su número de 1.º de Febrero último el siguiente artículo cuya traducción debemos al P. Ramón A. Cifuentes Grez, S. J.

“Id al obrero” repetía a menudo León XIII al clero católico. Pío XI ha lanzado de nuevo este llamado con más instancia aún, al final de su Encíclica “Quadragesimo Anno” y ¿quién diría que estas exhortaciones apremiantes de la Santa Sede han permanecido estériles? Sin embargo, nadie se atrevería a decir que la Iglesia ha logrado atraer las masas obreras a la religión; es preciso reconocerlo bien a las claras, que el odio contra la Iglesia toma cada día proporciones más alarmantes en el mundo obrero. La acción bolchevique es una razón en este alejamiento: no obstante hay en ello otras razones que ciertamente están en nuestra mano eliminar. Se hace demasiado poco: los métodos empleados no siempre son una maravilla. A menudo se hace lo que fuera preciso evitar. Enumeremos aquí algunos errores que se repiten con harta frecuencia.

1) Se habla a veces de bolcheviquismo allí donde no existe el tal bolcheviquismo. En estos últimos meses, cuando los obreros franceses formularon sus reivindicaciones, hubo católicos que clamaron al punto contra la revolución, aunque los "revolucionarios" en cuestión se hayan simplemente limitados a reivindicar lo que, según las Encíclicas, les tocaba con pleno derecho. La "Acción Popular" penetró en seguida en el fondo mismo del problema y discernió lo que era justo o injusto en este movimiento. La ocupación de las fábricas era injusta, pero las huelgas no deben ser consideradas siempre y necesariamente como un medio de acción bolchevique. Las quejas esenciales de los trabajadores franceses eran justas.

2) Muchos católicos creen todavía que la cuestión social puede resolverse por la caridad únicamente, siendo así que ella atañe principalmente a la justicia. Es preciso insistir sobre todo en la justicia social, nunca tan necesaria como cuando la sociedad se halla en un estado completamente anormal, como es el caso actual. Será preciso renovar enteramente toda la legislación si se quiere impedir, por ejemplo, que fortunas gigantescas se acumulen en las manos de una minoría y que las masas populares se hundan más y más profundamente en una triste miseria a la que no se le ve fin.

3) Es preciso evitar la más ligera sospecha que la Iglesia apoya sistemas o partidos políticos que explotan a los obreros: aunque estos partidos usen un lenguaje conciliatorio por lo que a ella respecta. Esos partidos podrán a veces dejar cierta libertad a la Iglesia para que ella pueda ejercer su ministerio exclusivamente pastoral, pero esto no basta para constituir sistemas cristianos. Para juzgar si un sistema político es cristiano o nó, es necesario considerar también, si deja intactos los derechos del individuo, si respeta la dignidad y la libertad humana. Los textos pontificios más recientes no dejan lugar a duda a este respecto, y sería verdaderamente de desear que los católicos tomaran frente a los sistemas políticos la misma actitud que el Soberano Pontífice.

4) Es preciso guardarse de hacer en nombre de la Iglesia, promesas que ella no puede abrigar. El espíritu cristiano no posee una autoridad tan vigorosa en la moderna sociedad: una filosofía materialista se ha infiltrado en su lugar, en todos los círculos de la vida privada y pública. Asistimos a una deformación de las ideas cristianas, deformación, que ha comenzado hace ya siglos y que se ha revestido en estos últimos decenios, con caracteres grotescos. Podemos nosotros, sin duda, decirle a ese mundo que nosotros trabajaremos con ardor cada día mayor, por la restauración de la sociedad basada en el ideal cristiano, pero debemos, al mismo tiempo advertirle, que no aguardamos resultados inmediatos. Esto vale también para los países católicos donde el enemigo

no ha dejado de "sembrar zizania entre el trigo".

5) Guardémonos de menospreciar el idealismo de los obreros. Si el bolchevismo ejerce un poder tal, es porque pretende apoyarse en una doctrina. La propaganda bolchevique trabaja siempre por la idea. Son las ideas las que hacen arros-trar a millares de comunistas cualquier sacrificio y aún el de la misma vida; guardémonos de atribuir el dinamismo bolchevique a la fórmula "panes y circo" (de la plebe romana). Estas reflexiones son dignas de un burgués simple que no comprende el "totalitarismo" moderno. Por consiguiente, para luchar eficazmente contra el bolchevismo es preciso hacerlo en nombre de una idea. Una bandera debe guiar al combate: una señal debe dar la voz de alarma. La idea cristiana es la que debe manifestarse de nuevo con símbolos enérgicos y con ardiente entusiasmo.

Asistimos en algunas partes a la apostasía de los obreros, siendo así que hay un hecho que debe llenarnos de vigor, y es que en cualquier parte donde uno se acerque a los obreros con palabras de amor, de comprensión, de aliento, ellos a su vez abren sus corazones al Evangelio de Cristo. Pues son millones los proletarios, que engañados por falsas promesas marxistas, aguardan una mejor redención.

al otro lado de las edades, lleno del encanto y de los matices que pudiera darle un Rilke que tomara en sus manos el tema.

Vemos las aproximaciones que tiene esta obra: cercanía a Chesterton en su filosofía. Recordemos en nuestra imaginación si esta voz no es la chestertoniana: "Eliminad los sinsabores, las enfermedades; aun queda más. Basta hojear los diarios para tener una idea. Yo siento una viva admiración por los viejos porque pienso: ¿cómo han podido vivir sin quebrantos hasta esa edad? ¿Ni siquiera una cáscara de naranja, o una viga sobre la cabeza? Milagroso".

Este revés de las cosas es también el que contempla el inglés, el que le da ese aspecto de perpetua paradoja a sus páginas.

Hemos dicho más arriba la otra cercanía: Rilke. El sentido humano del libro es más hondo, penetrante y rico que el de un simple sentido humorístico que se ha querido ver en él. Así se nos aparece lleno de formas huidizas y volanderas que captamos en sus frases, como también las cogimos en cualquier lectura de Rainer María Rilke.

Libro que se lee con gusto y admiración; que merecía un estudio lento y no una apresurada crónica bibliográfica; libro que en nuestro idioma ha puesto Lautaro García, con riqueza de expresión, fidelidad y gusto.

S.

"ANTOLOGIA", de Federico García Lorca. Stgo. de Chile 1987.

La obra de un poeta merece consideraciones de amor. El poeta al escribir sus versos pone en ellos el relieve de las realidades interiores, la fuerza de los sueños. Trabajan estos escritores con los más sutiles hilos que maneja el hombre. Casi podríamos decir que escriben con las brisas delgadas y las palabras más débiles y fáciles de quebrar.

Por respeto al material de sueños y voces de inteligencia con que trata el poeta, su obra debe cogerse con guantes de seda y amor singular.

Estas reflexiones se nos vienen a la pluma al recuerdo ingrato de algunas antologías aparecidas. En ellas la figura de un excelso poeta, de labor magnífica y pura, aparece maltrecha; se pierde la visión total de sus facetas. Gozan de primacía algunas, que no son las mejores. Y ¡horror! se encuentran poemas mutilados.

Aun impresiona penosamente la presentación de estas selecciones. Acostumbrados a ver sus libros de limpias páginas y silencios abiertos en el papel, nos desagrada y nos enturbia la lectura el color de pan integral de las hojas y la sucia composición.

Tenemos certeza de que si el poeta pudiera contemplar esta selección, hecha quizá con apresuramiento y que tiene grandes claros, como lo prueba el hecho de no citar siquiera los 6 poemas gallegos, postrer libro del autor; el poeta, decimos, se sentiría apenado.

Sólo se salva de esta alineación de poemas el ensayo preliminar de María Zambrano, que ha sacudido el polvo de los lugares comunes que cubre hoy el nombre del malogrado poeta granadino.

Interesa a los asegurados de la Ley 4054

El Consejo de la Caja de Seguro acordó dar de plazo hasta el 1.º de Julio de 1937, para que los asegurados que lo deseen puedan rectificar la edad en que quieren constituir su **PENSION DE VEJEZ**, a fin de darles oportunidad para que lo hagan por el mayor número de años posible.

Además, los Asegurados pueden escoger o cambiar, si ya lo han elegido, antes de esa misma fecha, el sistema de **IMPOSICIONES CEDI-
DAS** a la Institución o **RESERVA-
DAS** a la familia.

PIDA TODA CLASE DE INFORMACIONES EN LAS

OFICINAS DEL SEGURO

Medias

Calcetines

Corbatas

Pañuelos

A PRECIOS CONVENIENTES, EN

LA REINA DE LAS MEDIAS

AHUMADA 360 — SANTIAGO

Casilla 2081 - Teléf. 88573

PIDA UD LISTA DE PRECIOS.

SE MANDA CONTRA REEMBOLSO

LOS LIBROS NUEVOS DEL MES

EDUCATION ET FORCES VIVES, par J. Burret	\$ 12.30
JUIFS ET CRHRETIENS, par Joseph Bonfirven	„ 22.—
MANUAL DE CUESTIONES CONTEMPORANEAS, por el Cardenal Verdier	„ 2.—
LOS PROTOCOLOS DE LOS SABIOS DE SION	„ 1.—
EL JUDAISMO y los protocolos de los Sabios de Sión	„ 2.—
SUD AMERICA Y SU DESTINO POLITICO, por Ettore Viola	„ 8.—
LA GUERRE OCCULTE. Juifs et Granes-Macons a la conquete du Monde, par León de Poncins	„ 20.—
L'ITALIE FASCISSE devant la guerre, par An- tonio Aniante	„ 21.60
LES GUERRIERS DEL OGADEN, par Henry de Monfreid	„ 23.80
EL PROBLEMA SOCIAL DE LA TUBERCULO- SIS EN CHILE, por Los Dres. Barahona y Sotomayor	„ 1.—
ELEMENTOS DE LA CIENCIA ECONOMICA, por Jaime Eyzaguirre	„ 10.—
EL JUSTO SALARIO. Carta Pastoral Colectiva del Episcopado Chileno	„ 0.40
LOS AMIGOS DE JESUS, por el P. Ollivier . . .	„ 2.—
EL METODO DE SANTIDAD DE LA IGLESIA EN SU CULTO OFICIAL, por Don Gaspar Lefebre, O. S. B.	„ 0.80

LIBRERIA Y EDITORIAL "SPLENDOR" de la S. C. C.
Delicias 1626 — Santiago — Tel. 89145 — Cas. 3746

TALLERES "CLARET"

Diez de Julio 1140. Santiago.

Precio \$ 2

